



Lino G. Ansótegui

CANCIONERO

DE LA

INFANCIA

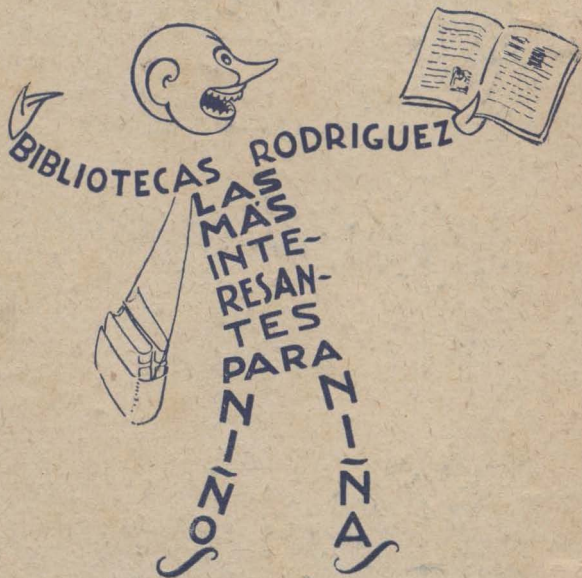
BURGOS

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ

2
9-0
2



00056478





¡Interesantes!

¡Amenas!

¡Recreativas!

¡Artísticas!

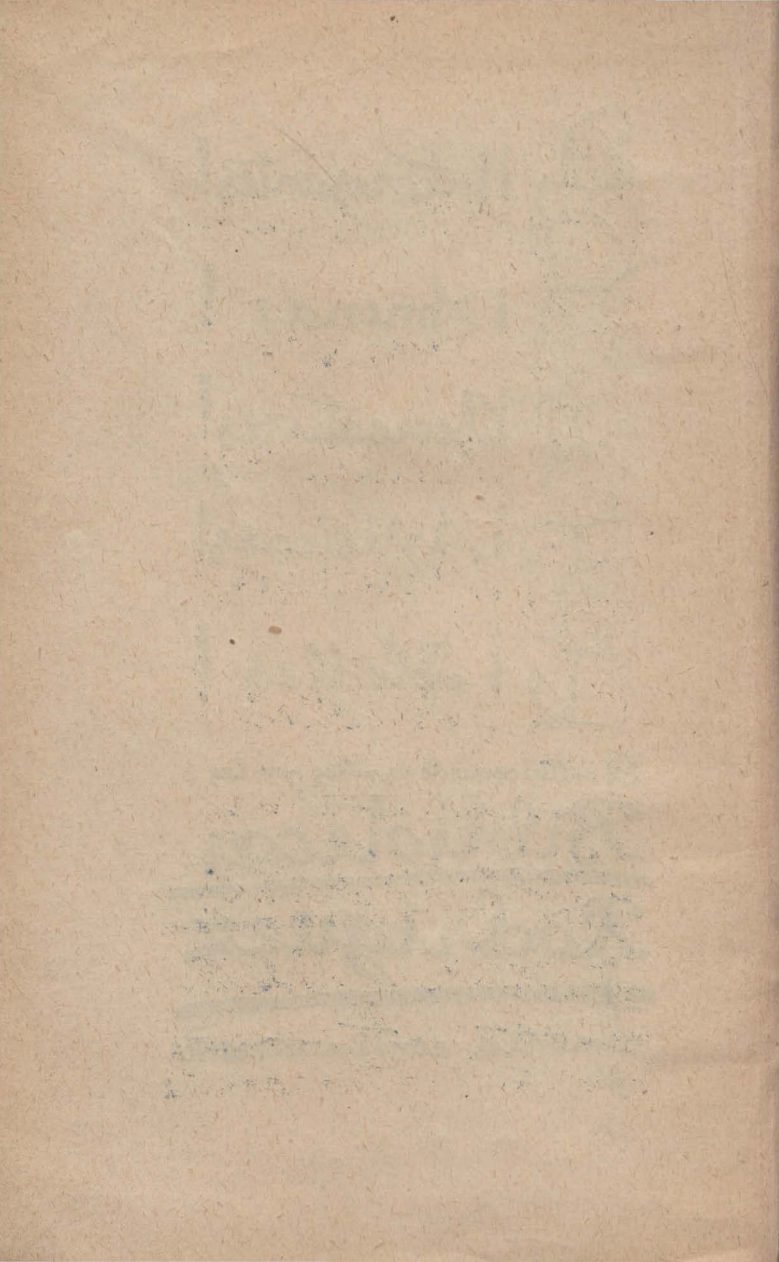
¡Ideales!

El entusiasmo de los niños por las

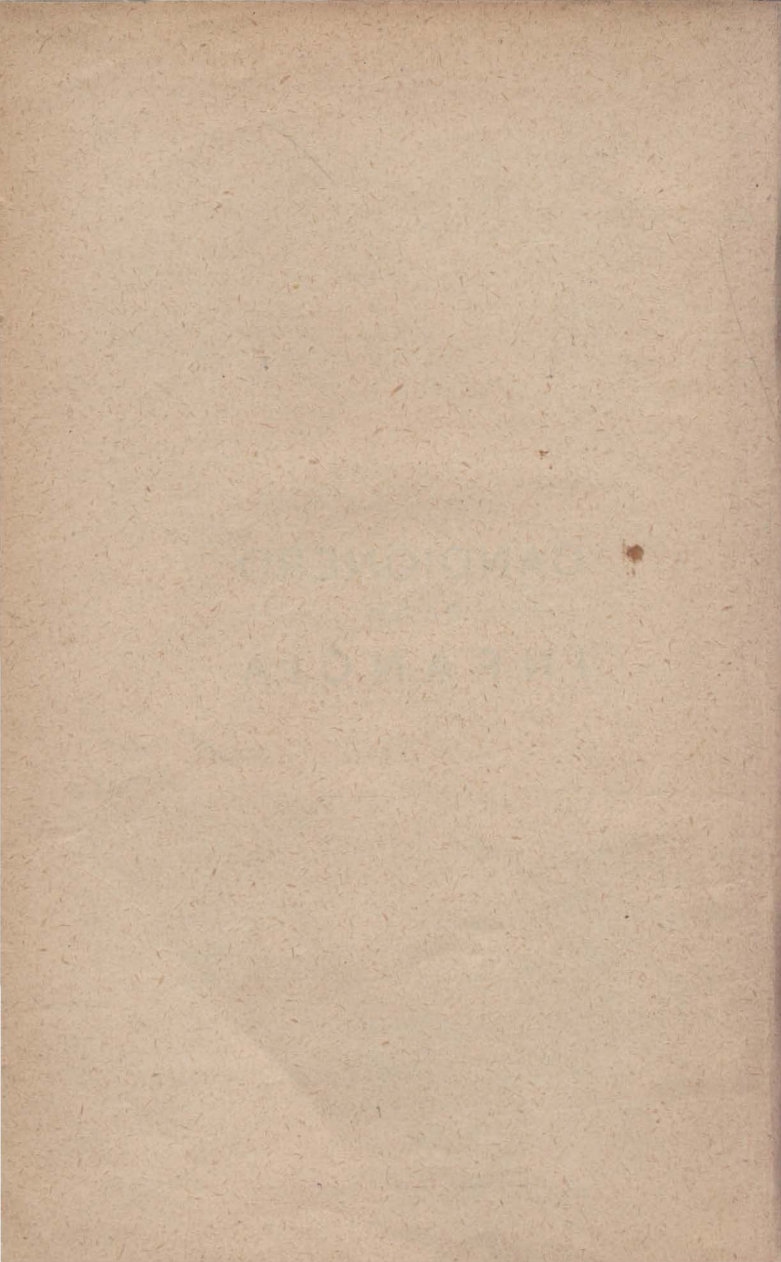
Bibliotecas

Rodriguez

aumenta continuamente



CANCIONERO
DE LA
INFANCIA



219°

CANCIONERO DE LA INFANCIA

LECTURAS POÉTICAS
ESCRITAS EXPRESAMENTE
PARA NIÑOS Y NIÑAS

POR

LINO G. ANSÓTEGUI

8.ª EDICIÓN ILUSTRADA



213/242

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ
IMPRESA :: CASA EDITORIAL :: LIBRERÍA
B U R G O S

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES
CUMPLIDAS LAS PRESCRIPCIONES DE LA LEY

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA CASA

DEDICATORIA

Para vosotros, niños, son principalmente los humildes versos contenidos en este libro.

Con ellos heme propuesto despertar en vuestros corazones el sentimiento del amor á Dios, á los padres, á los hombres y á la patria.

En ellos veréis repetidos nobles y hermosos ejemplos de abnegación, de caridad, de modestia y demás virtudes, compañeras inseparables de éstas.

Si logro con ellos despertar vuestro interés y consigo estimularos á la práctica de todo bien, mi satisfacción será completa.

Lino G. Ansótegui.



I

EN LA CUMBRE

Ven, niño, ven, yo quiero
llevarte por la mano,
de los vecinos montes
hasta los picos altos;
no en tí haga el miedo presa,
ni te inquieten cuidados,
que yo, cuando vaciles,
solicito me encargo
de hacer las sendas suaves
y enderezar tus pasos.

Tú salvarás conmigo,
yendo los dos despacio,
gargantas y pendientes,
declives y barrancos,

y cuando ya en la cima
nos encontremos ambos,
podrás, entre tomillos,
hallar dulce descanso.

.....
Tiende la vista, y miren
tus ojos asombrados,
este maravilloso,
magnífico espectáculo
de lontananzas mudas,
de exuberantes campos,
de frutas y de nieves,
de rosas y de nardos,
de transparentes cielos,
de ambiente rico y sano
que es á la sangre nuestra
lo que la savia al árbol,
riquezas y energías,
vigores y entusiasmos.

Pues todas estas cosas
que á tí te admiran tanto,
que galas son arriba
y adornos son abajo,
Dios las creó, y al hombre,
su amor por él probando,
hízole rey de un mundo
tan hermoso y tan vasto.
Para tí hizo las aguas
y la luz de los astros;
por él también te brindan
los trigales sus granos,

sus mieles las abejas,
su música los pájaros,
las flores su perfume
y el céfiro su halago;
y tú ¿sabes ¡oh hermoso!
lo que Él desea en cambio?
Desea que le pruebes
que le amas, con tus actos.
Ya ves qué poca cosa
te pide el Soberano,
el que es de tu existencia
Guardián y Señor y Amo.

Piensa que lo que Él pide
no debes tú negarlo,
y que según le sirvas,
así te dará el pago.
No al verte de tan altas
grandezas rodeado,
la vanidad te ciegue,
des al orgullo paso;
no imites la conducta
de los ángeles malos
que soberbios un día
contra su Dios se alzaron
y hoy por tan espantoso
y horrible desacato
eternamente sufren
en tenebrosos antros.





II

CONTRA AVARICIA, LARGUEZA

De condición diferente
son las niñas Paz y Ernesta;
dadivosa la segunda
y tacaña la primera;
ambas, de dos cofrecitos
hechos de caoba y seda,
bajo llave sus ahorros
cuidadosamente cierran.

Cuando el santo del papá
ó el de la mamá celebran,
cuando hacen buenas acciones,
cuando alguno las obsequia
por Pascuas de Navidad

ó por Reyes ó por ferias;
en fin, cuando hay un motivo
por el cual reciben ellas
en calidad de recuerdo
ó á tenor de recompensa
algún dinero, á los cofres
acuden con sus monedas.

Mas acontece que, en tanto
que el cofre de Paz se llena,
cada día el de su hermana
de modo alarmante merma;
y es que, cuando en el paseo
algún pobre se le acerca
ó ve que temblando implora
la caridad á su puerta,
sin limosna de su lado
nunca el mendigo se aleja;
mientras que Paz, que en el cofre
toda el alma tiene puesta,
sin que una vez, ni una sola,
haga un bien a la pobreza,
regocíjase de ver
cómo su caudal aumenta
y de que merme y se agote
el de su hermana, se alegra.

—Y oye—le dice á menudo
con aire de satisfecha—
¿por qué, como yo, en el cofre
tu dinero no conservas?
¿Qué sacas con regalarlo?
¿Qué ganas con ser espléndida?...

—Que qué gano me preguntas
—su hermanita le contesta—;
el cielo por el que todos
suspiramos en la tierra;
gano el bienestar bendito
que mi corazón encuentra
siempre que del desgraciado
logro aliviar la miseria.
Y tú en cambio ¿en qué lo gastas?
Y tú en cambio ¿en qué lo empleas?
Llenando tu cofre, dime
¿qué desventuras remedias?
¿No te da lástima ver
cómo lloran y se quejan
tantos niños que carecen
de pan, de ropa y vivienda?
Puesto que, en cambio, á nosotras
el bienestar nos rodea,
¿por qué en reunir dinero
sobre dinero te empeñas?
¿Por qué con él al que sufre
no alivias y no consuelas?
Dios ve to lo lo que hacemos,
y quiere á las niñas buenas.
Tras de una cortina ocultos
oían con impaciencia
sus papás estos juiciosos
razonamientos de Ernesta;
y los dos cortando el hilo
de la interesante escena,
tomando á la niña en brazos

con satisfacción inmensa,
colmáronla de caricias,
de besos y de ternezas.

Miraba la niña Paz
de este cariño las muestras
entre avergonzada y triste
y entre celosa é inquieta,
y al fin, con ojos llorosos
y con balbuciente lengua:

—Perdón, papás—exclamó—
tomad todas mis monedas,
y dádselas á los pobres
que acudan á nuestra puerta—.

Besando entonces los padres
con amor y complacencia
de su hija la frente pura,
de su hija la frente bella:

—Dios os bendiga—dijeron—
hijas mías, y os proteja
si seguís por tan hermosa,
por tan escogida senda;
no olvidéis estas palabras:
«Contra avaricia, largueza».





III

POR EL ÁRBOL

Cuando los aires blandos
y juguetones soplan,
yo me deleito viendo
cómo en la verde copa
del árbol se menean
las danzarinas hojas
que, en calurosos días
y en estivales horas,
ofrécenme su dulce,
su codiciada sombra.

Y en tanto que mi cuerpo
de sus delicias goza,

el alma se recrea
y el pensamiento entona
un himno á Dios, por cuyo
poder el árbol brota.

¡Cuán útil es el árbol
que nuestros bienes colma!

De tu niñez la cuna
y la cruz de tu fosa,
la mesa donde comes,
la casa donde moras,
la lumbre que tus miembros
con su calor conforta,
la embarcación que surca
del hondo mar las olas,
los útiles telares
que tejen nuestras ropas,
y el arado que en surcos
rasga la tierra pródiga;
todo se debe al árbol,
pues todo de él se forma.

Él la campiña alegre
y él el paseo adorna,
y al viento pone diques,
y las lluvias provoca,
y así la vid prospera
y el trigo se sazona.

Y á cambio de estos bienes
y en premio de estas cosas,
no falta quien le daña,
le tala y le destroza.

No sigais el ejemplo

de los que así se portan;
pensad que Dios le hizo,
y Dios castiga y odia
al que feroz se ocupa
en destruir sus obras.

Haced, niños, que el árbol
prospera y eche pompa,
que el bien que por él se hace
á su bienhechor torna.





IV

BURLAS COSTOSAS

I

Cuentan del pequeño Félix
que era el riquillo del pueblo,
pero tan mal educado,
tan ladino y tan travieso,
que no le guardaba nadie
consideración ni aprecio.

Reñido con la obediencia
y enemigo del respeto,
trataba del mismo modo
que á los niños á los viejos,
y solían divertirle

los más peligrosos juegos,
las hazañas más indignas
y los más innobles hechos.

Tenía este niño indócil
y levantisco y soberbio,
la más odiosa costumbre
que tener pudiera un necio.

Habitaba en el lugar
un anciano pobre y ciego,
que, por su fé religiosa
y su bondadoso genio,
por su probada paciencia
y su humildad sin ejemplo,
era amado y protegido
por todos los lugareños
que, según su posición
social, dábanle consuelo,
dejándole una limosna
entre los débiles dedos,
cuando pedir le veían
en el pórtico del templo.

Entonces el miserable
mozalbete de mi cuento,
llevando su infame burla
al más diabólico extremo,
depositaba una piedra
sobre la mano del viejo,
quien, resignado y paciente
se encerraba en el silencio,
mientras escapaba el chico
sus tristes burlas riendo.

II

Han pasado muchos años
y el pobre mendigo ha muerto,
y otro su lugar ocupa
cabe el pórtico del templo.

Es el desdichado Félix
que hoy, en la miseria y ciego,
con la conciencia turbada
por el cruel remordimiento,
de aquel de quien se burló
halláse ocupando el puesto.

Y Dios, que condena el mal,
tan justo como severo,
privó de la vista á Félix
y de su caudal inmenso;
y hoy pone á prueba su alma,
tan pervertida otro tiempo,
y hace que algunos chiquillos,
avivando en él recuerdos
que le llenan de amarguras
y de pesares el pecho,
depositen piedrecitas
entre sus trémulos dedos;
y como su víctima antes,
sufre tan duro escarmiento,
mientras los muchachos huyen
sus tristes burlas riendo.





V

FUENTES DE SABER

Por la relación que tienen con nuestra primera edad, porque son entre uno y otro la piedra fundamental sobre la que sustentado sólidamente hoy está el edificio grandioso de toda la sociedad, al maestro y al estudio siempre debemos amar.

El maestro es nuestro numen,
nuestro mentor y guardián.

Como el sol, que con sus rayos
dora del mundo la faz,
con la luz de sus ideas
tu alma iluminando va.

Como el labriego en los surcos,
tira el rítmico compás
la semilla que en estío
su dorado fruto dá,
trocando en tierra fecunda
lo que fuera antes erial,
lo mismo que tu inteligencia,
con solicitud y afán,
va arrojando la semilla
del bien y de la verdad,
que algún día vigorosa
en tí fructificará.

Como el arboricultor,
sin descuidarse jamás,
al arbusto que se tuerce
se cuida de enderezar;
en tu infancia peligrosa,
y del árbol al igual,
para que no te doblegues,
pone el remedio eficaz
de las sabias advertencias
y consejos que te da.

Él las almas de los niños
templando en su escuela va,
poco á poco y sin descanso

convierte en hombre al rapaz
que por él es, con el tiempo,
jefe honrado de un hogar.

Él preparó los ingenios
que luego brillaron más;
los sabios que son y han sido
pasma de la humanidad,
bebieron también las aguas
de su hermoso manantial.

Seguid, niños, el ejemplo
que el docto maestro da:
sobre todos vuestros juegos,
el útil estudio amad;
no envidiéis en modo alguno
la suerte del holgazán,
que la aplicación defiende
al niño de todo mal,
y la holganza es el camino
de toda infelicidad.





VI

SOBERBIA Y HUMILDAD

Juntas iban al colegio
Sebastiana y Josefina,
las dos de cabellos rubios,
las dos guapas, las dos niñas.
La primera era muy pobre,
la segunda era muy rica,
y además, como habitaban
las dos una casa misma,
ésta el piso principal
y aquélla la portería,
juntas tenían sus juegos
en un cuarto de la finca.
Josefina era soberbia
y humilde su pobre amiga,

y cuantas veces jugaban
las dos «á las señoritas»,
siempre de ama hacía aquélla,
y ésta de criada hacía.

Y llevan hasta tal punto
sus papeles las chiquillas,
y de tal manera el ama
se enfada y se encoleriza
cuando en su labor á veces
la rapaza se descuida,
que la maltrata de veras
y de veras la castiga;
y la pobre Sebastiana,
que observa cómo estas riñas
toman visos de verdad,
debiendo de ser mentira,
se apena, pero enmudece,
sufre pero se resigna,
y saca su pañolito,
y furtivamente limpia
las lágrimas que resbalan
por sus pálidas mejillas.

.....

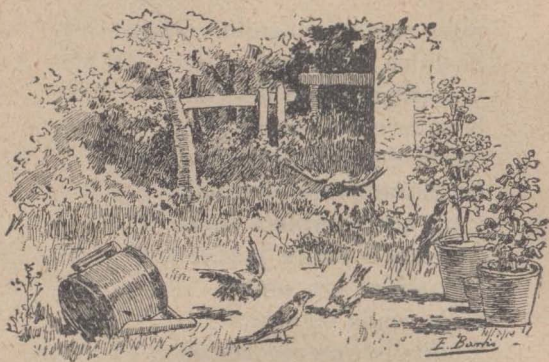
Pero la fortuna es loca,
versátil y tornadiza,
y volviendo las espaldas
á aquella muchacha altiva,
prodigó á la más humilde
de tal modo sus caricias,
que, cuando fueron mayores,
su suerte era bien distinta,

pues recompensando en una
la dulce humildad nativa,
y castigando de la otra
la soberbia desmedida,
dió el Señor á Sebastiana
las riquezas de Justina;
y porque completa fuese
de Dios la santa justicia,
Sebastiana era señora
y su criada su amiga;
y aquella que recordara
sin despechos y sin iras
lãs lágrimas que la hiciera
derramar cuando fué niña,
á su infortunada y pobre
compañera la decía:

—Yo no quiero que te apenes,
yo no quiero que te aflijas:
conmigo estarás muy bien,
para tí seré la misma,
mi amor será siempre tuyo;
tuya mi amistad antigua.

Y cuentan que ambas vivieron,
siempre juntas, siempre unidas,
para que á otras pequeñuelas
de ejemplo y de lección sirvan.





VII

POR LOS PÁJAROS

Yo quiero, inocentes niños,
yo quiero, niños del alma,
que entréis conmigo en el huerto
que ciñe mi humilde casa.
Allí hay árboles con frutas
dulces, exquisitas, varias;
ciruelas, albaricoques,
membrillos, guindas, manzanas.
Allí hay multitudes bellas
de flores mil aromáticas,
verdes, rojas, amarillas,
azules, grises y blancas;

violetas y jazmines,
lilas, geranios, y dalias,
azucenas y claveles,
camelias y pasionarias;
todas frescas, lindas todas,
y arrogantes y gallardas.

Todas el huerto á porfía,
visten, perfuman y esmaltan;
y por sus colores varios,
y por sus esencias gratas,
las gentes que le conocen
le visitan y le ensalzan.

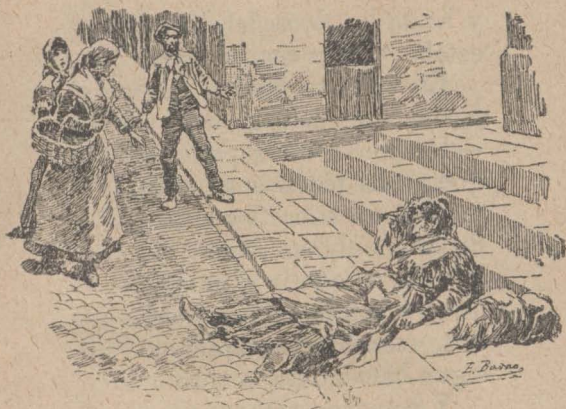
Mas decid, ¿qué fuera el huerto
que ciñe mi humilde casa,
si esas frutas y esas flores
un día le abandonaran?...
¿Qué fuera el hogar bendito
donde pasáis vuestra infancia
entre juegos y canciones
y alegrías y plegarias,
sin vuestro reir continuo,
sin vuestras felices gracias?
Igual los campos, si en ellos
jamás batiesen sus alas
el ruiseñor de la noche,
la alondra de la mañana,
y esos cientos de avecillas
que en ellos vuelan y cantan.
Estas son como vosotros,
alegres, bellas y cándidas,
cuando al manantial descienden

para beber de sus aguas,
cuando fabrican sus nidos,
cuando pían en sus jaulas,
cuando nos libran de insectos,
cuando á nuestro alcance escapan;
siempre las aves son lindas,
siempre las aves son guapas.

Dios las hizo porque fueran
adorno del mundo y gala,
compañeras de los niños,
y alegría de las almas.

Por eso el que las ofende
y las persigue y las mata,
indigno se hace de Dios,
que las protege y las ama.





VIII

DESENLACE PREVISTO

Sabrás, lectorcito amable,
sabrás, amada lectora,
que yo conocí á una niña
á quien llamaban Ambrosia,
la cual tenía el defecto
de ser harto perezosa.
Durante el invierno crudo
que nos enerva y agobia,
y durante los calores
que en verano nos sofocan,
se acostaba cuando el sol
cedía el paso á la sombra,

y hasta las doce del día
estaba «ronca que ronca».

En vano su madre, que era
bastante madrugadora:

—Despierta—la repetía—,
que ya ha piado la alondra,
y ya el sol sobre las cumbres
de las montañas asoma;
que tienes que ir al colegio,
que ya van las niñas todas—;
ella, «como si cantaras»,
sigue haciéndose la sorda.

Y con vida tan inútil,
tan holgazana y tan tonta,
no hizo nada de provecho
ni aprendió ninguna cosa,
ni supo hacer la limpieza
de su cama y de su alcoba,
ni freirse un par de huevos,
ni remendarse la ropa.

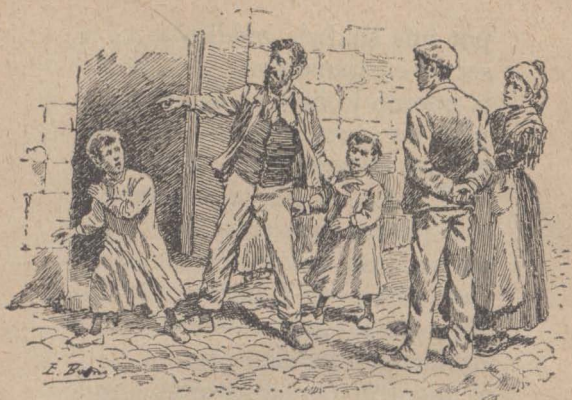
Mientras vivieron sus padres,
continuó en su vida cómoda
sin preocuparse nunca
de cambiar ésta por otra;
pero aconteció, que un día,
y cuando era ya una moza,
sus padres se le murieron
y vióse en el mundo sola.
Como era pobre, y seguía
con vida tan perezosa,
pretendía inútilmente

por una soldada módica
servir en ajena casa,
la que no lo hizo en la propia;
pero las amas desean
criadas trabajadoras.

Y como en ella la holganza
y la pereza eran crónicas,
no hallando colocación,
tuvo que pedir limosna;
pero hasta aquí su defecto
desdichado persiguióla:
y mientras más diligentes,
los demás mendigos logran
que no les falte jamás
su cazolita de sopa,
nunca se compadecía
de ella ninguna persona,
y escuchaba donde quiera:
«Trabaja, y Dios te socorra».

Y así condenada estuvo
la huérfana de mi historia,
hasta que la tibia luz
de una mañana brumosa
bañó, tendido en la calle,
el cuerpo muerto de Ambrosia.





IX

LOS DOS HERMANOS

Eran dos hermanos
Federico y Luis;
uno muy travieso
otro un infelíz.
Nunca éste á la escuela
dejó de asistir,
pero aquel pillastre
yo mismo le ví
corriendo novillos,
de mil días, mil.

Y mientras indócil
este galopín
libros y merienda
juega á cara ó lis,
y con los muchachos,
aquí como allí,
ni siquiera un día
pasa sin reñir,
dando más disgustos
que guerra dió el Cid,
su hermano al estudio
no da nunca fin,
queriendo ser útil
para su país.

Cansados los padres
de tanto sufrir,
y siendo un peligro
continuar así,
casi á todas horas
le armaban motín,
queriendo que á palos
volviese al redil,
mientras las caricias
eran para Luis.

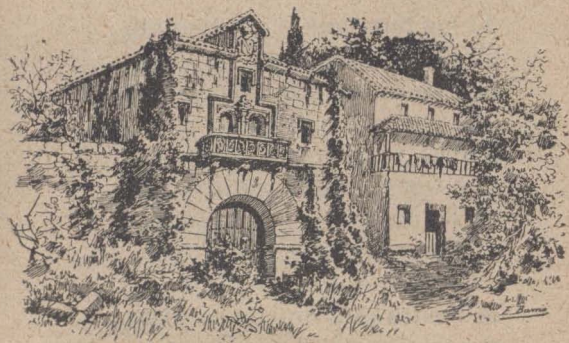
Nada, sin embargo,
logran conseguir,
sino que ladino
y envidioso y ruin,
por lo más inútil,
tonto y baladí,
se muestre á su hermano

Federico hostil,
y del padre á espaldas
le maltrate y
le pegue del modo
más duro y más vil.

¿Y sabéis vosotros,
niños que me oís,
qué logró este pillo
por tanto deslíz?
Pues logró que el padre
le echase de sí
mientras que la gente
le llamó ¡Caín!

Si tenéis hermanos,
¡oh niños!, huid
de hacer lo que hacía
Federico á Luis.





X

EL CASERÓN Y LA CASA

Una mañana abriena
cuando del sol los reflejos
temblaban sobre las cumbres
de los montes de mi pueblo,
caminando lentamente
por tortuoso sendero,
detúveme ante los mudos,
ante los informes restos
de un caserón que ha cien años
tuvo un hidalgo por dueño.

Víctima de las injurias

de los hombres y del tiempo,
él, que fué mansión de vida,
hoy es de muerte y silencio,
que por la noche interrumpen
garzas y buitres y cuervos,
que tienen nidos ocultos
de las ruinas en los huecos.

Sin nadie que por él vele,
solo, abandonado y viejo,
la hiedra está en sus cornisas
y se desconchan sus lienzos
y hállase de negras manchas
por todas partes cubierto.

Entre mallas de rosales,
de guindos y de cerezos,
forma contraste á su lado
un edificio pequeño,
blanco como una paloma
y limpio como un espejo.

Es quien vive en él un pobre,
un humilde jornalero
que en él tiene su fortuna
y la de sus pequeñuelos;
y así como su vecino
el hidalgo de mi cuento,
por abandono y desidia
vió venir su casa al suelo,
más activo y cuidadoso,
ponía todo su empeño
en ganar para su esposa
y sus hijos el sustento,

y en cuidar de su casita,
ceñida de los cerezos.

Y dábase por pagado
y altamente satisfecho,
al ver que las mismas gentes
que se apartaban con miedo
del ruinoso caserón
ante el deplorable aspecto,
sentíanse complacidas
y como admiradas, viendo
el nido de sus amores,
la casa de sus anhelos,
blanca como una paloma
y limpia como un espejo.

No sabéis, amados niños,
y os es preciso saberlo,
lo buena que es la limpieza
en vuestros semblantes bellos;
de los niños sucios se huye
como del caserón viejo.





XI

SUEÑO FELIZ

Así como vosotros
soñáis, amados niños,
con moñas y juguetes,
y dulces y vestidos,
yo he gozado esta noche
con sueños muy distintos,
que hoy con mucho disgusto
desvanecerse he visto.

Soñé que, habiendo obrado
los Cielos un prodigio,

las gentes eran otras
y el mundo no era el mismo;
los hombres no anhelaban
venganzas ni exterminios,
ni por guardar tesoros
terrenales y efímeros,
vivían desvelados
ni estaban intranquilos.

Las fábricas habían
por fin substituído
al cañón y la bomba,
y al Maúser y al Remington,
la esteva y el arado,
y el azadón y el trillo;
y en vez de ser los hombres,
como antes, enemigos,
de tal modo estrechaban
sus lazos de cariño,
que muy solemnemente
se habían prometido
no romperlos en todos
los siglos de los siglos.

¡Qué tiempos tan felices!
la vida era un idilio;
prosperaba el Comercio,
la Industria y el cultivo
de árboles y viñedo,
ganadería y trigo.

Las Ciencias y las Artes,
puestas en buen camino,
á más de útiles eran

recreo del espíritu,
que en ella se miraba
dichoso y complacido,
pues nunca se ponían
de lo malo al servicio.
Pero ¡ay!, pasado el sueño
pasó mi regocijo...;
pero ¿es que es imposible
que se obre este prodigio?...

Seamos todos buenos,
dejemos nuestros vicios,
pasiones y otros muchos
malévolos instintos;
y ya que para amarnos
á todos Dios nos hizo,
amémosnos, y todos
cumplamos sus designios.

¿No veis á un arquitecto
planear un edificio?
no veis cómo albañiles
y artífices, unidos,
dan forma á las ideas
del arquitecto, ¡oh niños!
sin que haya uno siquiera
que ose hacer su capricho
hasta que su trabajo
lo dejan concluído?...

Pues bien, el plan hermoso,
universal, magnífico,
que nos trazó el Augusto
Arquitecto Divino,

es que, los hombres todos,
por medio del cariño,
del mundo al fin podamos
hacer un Paraíso;
y ya que el Padre eterno,
dulces amados míos,
en su saber profundo
y en su amor infinito,
esta senda nos traza,
nos traza este destino,
sus órdenes cumplamos,
hagámonos de Él dignos,
que Él á quien le obedezca,
dará su merecido.





XII

POR MAL CAMINO

Yo no he visto nunca un niño
tan rebelde como Jaime:
siempre que iba de visita
de la mano de su madre,
tales eran sus enredos
y sus juegos eran tales,
y sus bromas tan pesadas
y tan necios sus afanes,
que jamás quedaba á gusto
ni con nada ni con nadie.

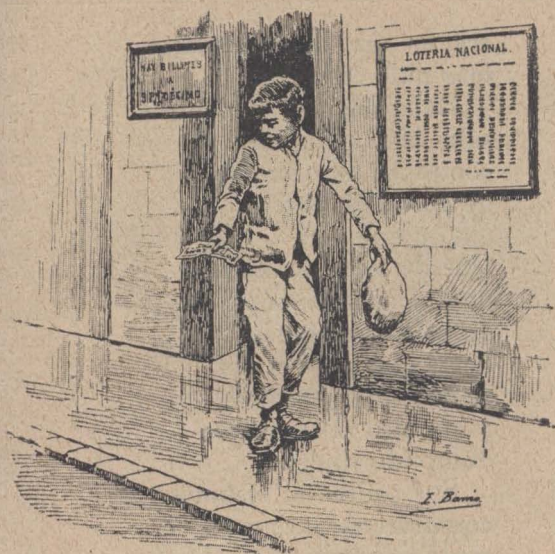
—Pero, chico—le decían
doña Petra y doña Carmen—,
otros niños son callados,
son juiciosos, son formales:
¿Por qué tú no los imitas?
peró el chico, sin turbarse,
coge al gato por el rabo,
sin temor de que le arañe,
y le obliga a hacer piruetas
y otras mil habilidades,
que para esto nunca el «mozo»
corto ha sido ni cobarde,
y convierte los armarios
en tambores y timbales,
y no deja en paz un punto
los boliches de los catres,
y hora cuelga de su cinto
la badila, como un sable,
ya del mango de una escoba
su «brioso» caballo hace,
y con sillas y con muebles
juega al toro y forma baile,
y en la casa que él frecuenta
no hay quien viva ni hay quien pare,
ni hay ninguno que no le huya,
ni hay ninguno que no escape:
los mayores y los chicos,
y los gatos y los canes,
pues con él cosa segura
no queda en ninguna parte;
ni cabezas ni ventanas,

ni balcones ni cristales,
que con palos y con piedras
él no rompa en un instante.

Y por estas travesuras,
y por estas malas artes,
con frecuencia ganar suele
las palizas de su padre.

Sabed, niños, que hoy abundan
los muchachos como Jaime,
y sabed que tan traviosos,
tan indóciles rapaces,
según van creciendo en años
también crecen en maldades,
y al igual que ocurrió un día
al chico de mi romance,
si les falta al fin y al cabo
quien les dome y quien les ate,
por muy bien que se las hayan,
ya más pronto, ya más tarde,
dan, sin que haya quien lo evite,
con sus huesos en la cárcel,
mientras que al muchacho dócil
mientras que al muchacho amable,
no hay ninguno que no estime
ni hay ninguno que no ame.





XIII

«COLILLA»

Las gentes por apodo
pusiéronle «Colilla»,
y era el más refinado
granuja de la villa.

Dicen que en un instante
robaba sin recelos
monedas y alfileres,
relojes y pañuelos.

Y aunque «Colilla» preso
pasar meses solía,

era, en vez de enmendarse,
más pillo cada día.

Robó una vez diez duros,
salió bien, y ligero
compróse un decimito
de Navidad, entero.

¡Lo que pensó, Dios mío!
Qué de locas mudanzas,
de dulces ilusiones,
de bellas esperanzas;
hasta que llegó el día,
se celebró el sorteo
y el chico vió asustado
cumplido su deseo.

Sus padres al instante
compráronle otra ropa,
y así vivieron años,
marchando viento en popa.

Cambió su trato burdo,
por un trato más fino;
consiguió con dinero
ser socio del Casino.

Pero aunque así se daba
para engañar mil modos,
siempre era, sin embargo,
visto muy mal por todos.

Y es que cambió de traje,
de botas y sombrero,
pero conservó siempre
su fama de ratero.



XIV

EN EL HOGAR

En estas tardes de invierno
en que el cierzo sopla y nieva
te veo junto á tu madre,
de codos sobre la mesa.

El agua en menudas gotas
resbala por las vidrieras,
y el aire en la altura ruge
y zumba en la chimenea,
mientras ruidosos crepitan
troncos de encendida leña,
á cuyo amor lentamente
pónese en sazón la cena.

Tu madre, niño, amorosa,

extrañas cosas te cuenta,
mezclando en sus narraciones
hadás, duendes y sirenas;
y cuando en tu pecho infunde
el miedo con sus leyendas
y pretendes en su seno
guardar la infantil cabeza,
ciñete con ambos brazos
y te acaricia y te besa,
y que á su lado te dice:
ni á nada ni á nadie temas.

Y el aire sigue rugiendo
con resoplidos de fiera,
y tu pobrecita madre
apesadumbrada, inquieta,
los cuentecitos suspende
y las narraciones deja
para levantar contigo
á la celestial Princesa
Ave Marías y Salves,
con las que ferviente ruega
que tu padre alegre y bueno
del trabajo á casa vuelva.

Por tí marchóse á luchar
con el clima y con la tierra
para pagar, niño hermoso,
la casa donde te albergas
y el traje con que te cubres,
y el pan con que te alimentas;
y cuando acaso, temblando
de frío á tu casa llega,

para ti son sus amores
y caricias y ternezas.

Tú, que ves cuanto te quieren
y lo que contigo sueñan,
y lo que por tí se afanan
y lo que tu bien desean,
págales hoy, pobre niño,
con tu amor y tu obediencia;
y cuando estés hecho un hombre,
sus beneficios recuerda,
y en sus dolores sé alivio
y remedio en su pobreza,
y bendice sus bondades,
y no rías sus flaquezas
que, como á los buenos hijos,
allá en el Cielo, Dios premia;
así castiga á los malos
que el respeto al padre niegan
como aquel Can, de quien todos
los libros sagrados cuentan
que, viendo embriagado un día
al autor de su existencia,
lejos de compadecerle
y aconsejarle la enmienda,
de la mofa y de la burla
hízole objeto su lengua,
por lo que Dios castigóle
con su maldición eterna.





XV

CUENTO DE CARNAVAL

Impaciente Marcelo
por escuchar el cuento de su abuelo,
hubiera preferido
á trueque de escuchar, no haber comido;
pero estando de santo,
no he visto niño que se atreva á tanto.

El de su buen abuelo era aquel día,
y éste á cada momento le decía:
—Comiendo no se habla—,
y había que comer á «raja tabla».

Sirvióles la doméstica primero
el clásico puchero,

con su carne excelente,
su trozo de jamón correspondiente,
un relleno tan bueno
que, al llevar á la boca aquel rel eno,
alababan á un tiempo á quien le hizo,
y un sustancioso colosal chorizo.

Después les supo á gloria
el pavo en pepitoria
y el lechazo robusto,
y cuando se llenaron á su gusto,
saboreando todo,
comenzó el abuelito de este modo:

—Pues, amigo de Dios, que este es un viejo
con muy poco gracejo,
pero en cambio el indino,
tiene menos vergüenza que un pollino.
Mal cubierto con pingos y pingajos
y á costa de muchísimos trabajos,
ha venido hasta aquí, con él trayendo
la deshonra, y el crimen y el estruendo.
No hay hombre de razón ni dócil niño
que al ver su mal cariz y desaliño,
no se aparte temblando de sus garras;
que este viejo de marras,
de astuta faz y corazón de cieno,
lleva siempre un frasquito de veneno,
y en el que le sonríe y le festeja
su dosis de veneno infame deja—.

Pendiente la atención del niño estaba
de lo que su abuelito le contaba;
mas, como era aquel día

uno de Carnaval, y el niño había preparado su traje y su careta, que le había costado una peseta, impaciente esperaba aquel momento en que el abuelo concluyese el cuento.

—Pues este viejo—continuó el anciano—, maldito engañador y hábil tirano, que tiene por costumbre sembrar en los hogares pesadumbre y engaños y reyertas y traiciones, y dar en todas partes desazones...

—Mira—dijo Marcelo interrumpiendo el cuento del abuelo—; dime antes de pasar mas adelante el nombre de ese viejo repugnante - .

—Se llama «Carnaval».—¡Valiente pillo!— con arranque infantil dijo el chiquillo.

¡Maldito personaje!

¡Voy á quemar el antifaz y el traje!





XVI

LA ORACIÓN DE UN NIÑO

Sobre el blanco, humilde lecho,
y ante la Virgen, de hinojos,
con la alegría en los ojos
un niño rezando está.

Y su madre le contempla
sumida en plácida calma,
y hermosas perlas del alma
siente que á derramar va.

Levantada tiene el niño
su inocente cabecita
la imagen dulce y bendita
mirando con atención.

Y es tal su éxtasis á veces
al ver su hermoso semblante,
que suspende el tierno infante
en sus labios la oración.

—Reza—su madre le dice
besándole dulcemente
en la nieve de su frente
con cariño maternal:

—¿Por qué suspendes tus rezos?...

—¿No la has visto, madre mía?...

¡me miraba y se reía!...

—¿Quién?—La Reina celestial.

—Hijo mío, es que te quiere.

—¿Mucho, mamá? Con anhelo.

—¿Por qué no me lleva al cielo,
si yo quiero estar allí?...

Porque esa augusta Señora
que riendo te ha mirado
quiere que estés á mi lado,
que no te apartes de mí.

Quiere que tu madre nunca,
nunca de tí se desvíe,
y quiere, en fin, que te guíe
por el camino del bien;
él las verdades te muestra
de esta vida, transitoria,
él te conduce á la gloria,
y orla con palma tu sien.

—Y ¿cuál es ese camino?—
pregunta el niño afanoso.

—Ese camino es, hermoso,

el trabajo y la oración;
eso el alma purifica,
pues son cosas tan hermosas,
que por medio de estas cosas
se alcanza la salvación.

— ¿Y así puedo ir donde vive
esta Señora tan bella?

pues bien: quiero estar con ella,
enséñame á trabajar...

— Imposible: eres muy niño,
y no puedes con tal carga....

¡Es la existencia tan larga!...
aprende primero á orar.

Tiempo ha de venir, querido,
tiempo vendrá y no tardando,
en que sientas trabajando

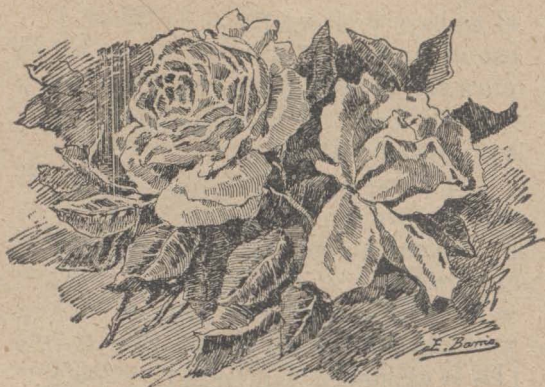
bañar el sudor tu tez;

pues te ha destinado el Cielo,
para aliviar mi agonía,
á ser el báculo un día
de mi temprana vejez.

Dijo la madre, y vertiendo
dos lágrimas de ternura,
abrazó á la criatura,
y se besaron los dos.

Y la Virgen se reía,
y el niño la contemplaba,
y después la vista alzaba
para contárselo á Dios.





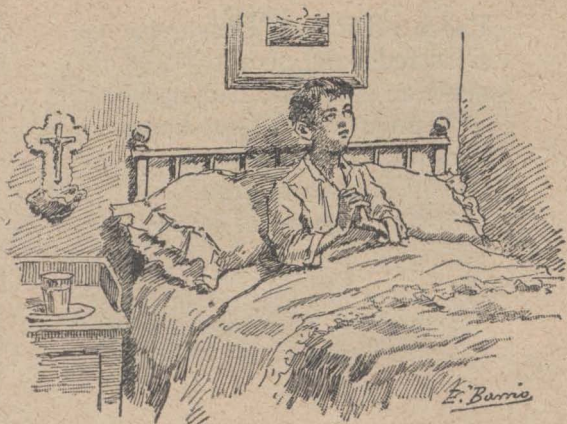
XVII
LA EDAD

En un jardín entré ayer
y presencié con dolor
un cuadro conmovedor,
que me hizo palidecer.

Eran dos flores, pareja
de muy contraria fortuna,
pues era joven la una,
y la otra era muy vieja.

Esta, al viento se inclinaba,
la otra al viento resistía;
la más joven se reía,
y la más vieja lloraba.





XVIII

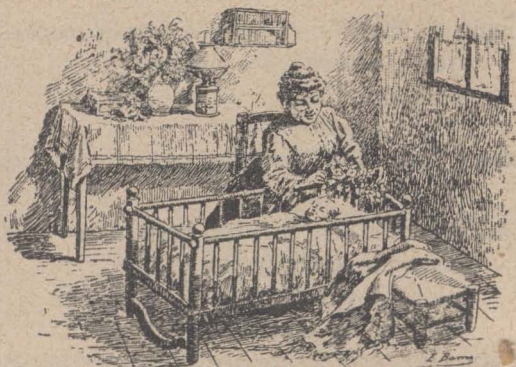
ORACIÓN

Señor, Tú que me has guiado
por el mundanal sendero,
desde que el alba risueña
prestó sus tintas al Cielo,
hasta que el sol ocultó
sus resplandores postreros;
en esta humilde plegaria
á Ti alzo mi pensamiento
rogándote me perdonés,

Padre y Dios del Universo,
si las redes del pecado
presa en este niño han hecho.

Y mientras en estas horas
al cansancio cede el cuerpo,
yo con el alma te pido
Señor, que veles mi sueño.





XIX

INOCENCIA

Una sala, una cuna y un niño dentro,
una mujer al lado,
que está riendo,
y un ave en tanto
desde su jaula, entona melifluo canto.



Velada por cortinas hállase abierta
la mezquina ventana
de aquella pieza,
tras cuyo velo
déjase ver un puro y hermoso Cielo.



Tiene un ramo de flores la tierna madre,
 que les robó á los meses
 primaverales,
 y con cariño
 ciñelas á la frente del pobre niño.



Cándida criatura, que tan tranquila
 sobre apacible lecho
 yaces dormida,
 bella es tu suerte;
 ¡Quiera Dios que tu madre no te despierte!



Deja que estén cerrados sus lindos ojos
 ¡ay! cuando está durmiendo
 ¡es más hermoso!
 por Dios, detente,
 no interrumpas un sueño tan inocente.



Feliz él, que corre de su existencia,
 en infantiles sueños
 la primavera;
 tiempo de flores,
 de pájaros y luces y de colores.



Ningún pesar ni envidia su frente nubla;
 tranquilamente duerme
 sobre su cuna
 ¡dulce reposo!
 mírale... se ronríe, y es muy dichoso.



Cuán dulce es tu sonrisa, sonrisa de ángel
la más pura y hermosa
para su madre,
que ella, en su anhelo,
compara su sonrisa con la del Cielo.



Duerme, duerme tranquilo sobre tu lecho;
¡ay, sino te abrumara
jamás el tiempo!
¡ay, si á tus años
no asaltaran tristezas y desengaños!



Mas entre tanto, niño, duerme y descansa,
que hoy te cubre apacible
la tierna infancia,
la edad de flores,
de pájaros y luces y de colores.





XX

MI LIBRO

De un libro grande, en las hojas
todos los días anoto
los actos buenos y malos
con que mi vida recorro.

Un ángel vela los unos
y un diablo vela los otros;
y siempre que hago mis cuentas
y en la balanza los pongo,
si los buenos son los más,
considérome dichoso;
y si son los más los malos,
tiemblo, me avergüenzo y lloro,
y en mis oraciones ruego
al Sér que lo puede todo,
que en esta ruda campaña,
venza el ángel al demonio.



XXI

MÁXIMA

Óyeme silencioso,
niño, un consejo:
no dirijas tus burlas
jamás al viejo,
si tú no quieres
que hagan igual contigo,
si un día lo eres





XXII

VILLANCICOS

«El canto del pobre
sencillo pastor,
por montes y valles
bendice al Señor».



Bajo un techo humilde
que el triste formó,
pastores y ovejas
hallaron mansión.



Las ovejas duermen,
los pastores, no:
que están en la lumbre
buscando el calor.



«El canto del pobre.»



Qué fría es la noche,
qué fría, por Dios;
el plácido arroyo
corriendo se heló,
y el pájaro huyendo
del frío, veloz
el nido apartado
temblando buscó.



«El canto del pobre.»



De pronto la choza
bañó el resplandor
de un ángel bendito
que entre ellos surgió.

Hermoso era el ángel
mandado por Dios
á aquellos pastores
con santa misión.



«El canto del pobre.»



El ángel les dijo
 con trémula voz:
 —«Paz á los mortales,
 y gloria al Señor.
 En mísero establo
 nació el Salvador;
 Belén es el pueblo
 que tiene tal don.»



«El canto del pobre.»



Los pastores dejan
 su humilde mansión,
 quedando el ganado
 del fuego al calor.

¡Qué fría es la noche!
 ¡Dios mío, qué horror!
 ¡qué fría es la noche
 que el cielo escogió!



«El canto del pobre.»



Aquí está el Mesías—
 el uno exclamó—,
 que á nuestros mayores
 Jehová prometió—.

Entremos, entremos
 sin más dilación:

aquí está el Mesías
mandado por Dios.



«El canto del pobre.»



María y su esposo,
allí están los dos
velando á Aquel Niño
que pobre nació,
y allí los pastores
con grata emoción,
ofrecen presentes
al Hijo de Dios.



«El canto del pobre.»



¡Qué fría es la noche,
Dios mío, qué horror!
¡Qué fría es la noche
que el cielo escogió!

El Niño divino
la presta calor;
¡bendito mil veces
el Dios de Sión.



«El canto del pobre
sencillo pastor,
por montes y valles
bendice el Señor.»





XXIII

ADORACIÓN DE LOS MAGOS

Poderosos monarcas
que del Oriente
vinieron en tu busca,
besan tu frente.
¡Salve á Ti, Niño,
pues ante Ti se inclinan
los reyes mismos!



Moderna Babilonia, rica Selecia.
que al clamor te estremeces
de tus trompetas;
ya los tres reyes magos de Ti se alejan:
alegres marchan, pide
que alegres vuelvan.
En el cielo bendito brilla una estrella
que conduce á los reyes
hacia Judea.
Planeta misterioso, dulce planeta,
divina flor del cielo
¡bendita seas!
A la par que ellos cruzan extraña tierra,
los penachos se inclinan
de las palmeras;
de alegría en sus nidos las aves tiemblan,
la regia comitiva
también se alegra.
Ya han llegado de Herodes á la presencia,
y traidor, los declara
con torpe lengua
que al Rey del cielo busquen, y si lo encuentran
á darle la noticia
corriendo vuelvan...
Ya el sol de las montañas dora las cuevas;
ya los monarcas magos
alzan sus tiendas.
Ya del traidor Herodes los tres se alejan;
ya los guía de nuevo
la hermosa estrella.
Ya entran en el establo donde se encuentra

el Niño más hermoso
de cielo y tierra;
la purísima Virgen, Señora excelsa,
es el Ángel que cuida
de su existencia.

Postrados ante el Niño, los pies le besan,
bendiciendo á la Madre
que por Él vela,
y á sus plantas el oro que al Niño llevan
y perfumes del Yemen,
temblando dejan.

¡Salve, precioso encanto de Galilea!
pues tu sangre ha lavado
las culpas nuestras;
ya los niños sus almas hasta Ti elevan.
¡Niño, precioso Niño,
bendito seas!





XXIV

SOLLOZOS

Pero es que es guapa,
pero es que es bella,
pero es que es mona
la rapazuela.

Oiga la niña
de la pandereta,
la que oro fino
tiene por trenzas:
¿por qué sollozas?
¿por qué te quejas?

—Pido limosna,
de angustia llena,
para mi madrecita
que tengo ciega.

¡Ay! desdichado
del que se encuentra
cercado siempre
por la miseria.

¡Ay, del que hambriento
llama á las puertas
que al infortunio
siempre se cierran!
¡Ay, del ser triste
que entre tinieblas
siente del sol la lumbre,
sin que la vea!

— Vete rapaza,
vete ligera:
¿no ves el cielo,
cómo blanquea?
Vete en seguida,
no te detengas,
que arrecia el viento
y el frío aumenta.

Salva á tu madre:
¿no ves que nieva?
¿No ves cómo de frío
la pobre tiembla?

— ¿Cómo marcharme?
¡Ay, si pudiera!
Si yo no velo
por su existencia,
si yo no pido
de puerta en puerta,
¿quién la socorre?,

¿qué va á ser de ella?

—¿No ves qué triste
la noche llega?

—¡Siempre fué para el pobre
la noche eterna!

—Hermosa niña
de la pandera:

¿por qué te paras?

¿qué es lo que piensas?

¿acaso escuchas

de las botellas

el choque extraño

que alegre suena?

Sigue tu marcha,
no te detengas;

¡del pobre, en los festines,
jamás se acuerdan!



Y al par que tristes,
ambas se alejan

por el camino

de su miseria,

repite el eco

que el viento lleva:

—Viva la orgía!

¡Venga más néctar!

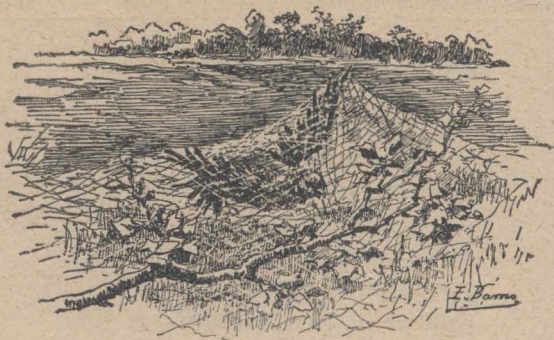
y—¡Una limosna,

una siquiera,

para mi madrecita

que tengo ciega!





XXV

EL JILGUERO Y LA RED

Tendida en el campo,
mostrándole el cebo,
la red engañosa
le dijo á un jilguero:
—Tu canto suspende,
refrena tu vuelo,
¿qué sacas, qué sacas,
¡oh pájaro tierno!
de dar tantas vueltas
y tantos rodeos
con ansias y angustias
buscando alimento?

Escucha, y si quieres
quedar satisfecho,
yo tengo aquí alpiste,
y agua también tengo,
que dócil te brindo
y alegre te ofrezco. —

Y es tal su ternura,
tan dulce es su acento,
que el ave, por buena
su oferta teniendo,
desciende del aire,
se posa en el suelo,
y al punto en la malla
quedóse sujeto.

«Así muchas veces
los malos consejos
de aquellos que viven
del lodo y del cieno,
cautivan y encantan
al niño inexperto,
y le hacen del vicio
morder el anzuelo».





XXVI

LAS DOS MONAS

Fueras algo más blanca, más hermosa —
le dijeron un día á Sinforosa;
y ella, arrugando despechada el ceño,
en ser blanca después puso su empeño.

Adquirió algunos polvos, y al instante
se embadurnó con ellos el semblante,
pero con tal exceso,
que vió su rostro convertido en yeso.

Fué de su agrado la mudanza aquella,
pues empolvada se creyó más bella;
y al salir de paseo ¡qué inocente!

decía con los ojos á la gente
que la solía ver bajo otro prisma:
—Fijense ustedes bien, no soy la misma.

Tenía Sinforosa

una mona chiquita y revoltosa
que, en prueba de agasajo,
un tío suyo de Tetuán le trajo.

Siempre que se arreglaba á ella acudía
y —Dí ¿qué te parezco?—le decía
con júbilo y risueña—;

y la mona, fijándose en su dueña,
decía, haciendo un gesto, la taimada:

—Pues, me parece usted una monada.

(Debo advertir que desde muy temprano
aprendió aquella mona el castellano).

Mas sucedió una vez que la chiquilla
los polvos se dejó sobre una silla;
y la endiablada mona,

por hacer aquel día de «persona»,
cogió los polvos, se acercó al espejo,
y con mucho gracejo,

queriendo, pues, aparecer más maja,
tantos echóse, que vació la caja.

Súpolo Sinforosa, y ofendida
la regañó, llamándola «atrevida».

—Pues qué —la niña exclama:—
¿quieres, acaso, compararte á tu ama?
¿En qué nos parecemos, habladora?

Y haciendo una estudiada monadita:
—En que somos las dos —contestó—ahora
dos monas empolvadas, señorita—.



XXVII

LA OPOSICIÓN DEL CANGREJO

Para tratar de algunos
asuntos de importancia,
diz que se reunieron
en asamblea magna,
una noche los patos,
los peces y las ranas;
y el que los presidía:

—Quiero—dijo con calma—,
que todos los presentes
sepáis pronto la causa
por la que os hablo en esta
sesión extraordinaria.

Sucédense los años
y las centurias pasan,
y no sólo nosotros,
como veis, sino que hasta
el hombre, que del mundo
dueño y señor se llama
sobre sus pies ¡oh amigos!
hacia adelante marcha.
Sin duda esta es la norma
más útil y más sabia,
pero, si entre vosotros
hay quien la encuentra mala,
puede hacer, si le place,
uso de la palabra,
para enseñarnos otra
que ofrezca más ventajas.

Pasemos á otro asunto—
todos á un tiempo exclaman—,
porque discutir éste
no hace ninguna falta

Nadie ignora que á un tiempo
la razón y la práctica
de modo terminante
nos dicen que así se anda;
¿á qué probar fortuna
contra la opinión de ambas?

En esto que un cangrejo,
saliéndose del agua:
—Me parece—les dijo—
que estáis tocando el arpa.
Sois unos rutinarios;

esta es mi opinión franca:
andar hacia adelante,
es cosa ya harto rancia,
y dirigir debierais
igual que yo las patas.

Sería esa sin duda,
la forma más gallarda;
y al que otra cosa crea,
dígole que se engaña.
Calló el cangrejo, ufano
de su opinión, y es fama
que sólo causó risas
su inoportuna charla.

«También entre los hombres
hay muchos que desbarran,
y viven satisfechos
llevando la contraria».





XXVIII

EL ÁRBOL Y EL LEÑADOR

A la sombra de un árbol corpulento,
un joven leñador hace su asiento;
su espalda apoya sobre el tronco sano,
suelta el hacha cortante de la mano,
limpia su frente sudorosa, saca
la vetusta petaca
del mugriento bolsillo,
llena, lía y enciende un cigarrillo,
y en tanto que el tabaco saborea,
una alegre tonada canturrea.

¡Qué cuadro tan hermoso y pintoresco
el que contempla de la sombra al fresco!
El fértil llano y el poblado monte
el desigual perfil del horizonte,
el sol resplandeciente,
el cielo azul, la rumorosa fuente,
la amante tortolita arrulladora,
todo, en fin le enamora,
y es porque el joven leñador robusto,
lo mira descansando y á su gusto,
de igual tranquilo modo
que el hombre suele contemplarlo todo
cuando halla en el camino de su vida
la protectora sombra apetecida.

Poco á poco el cigarro al fin despacha,
álzase luego, y requiriendo el hacha,
contra el árbol se vuelve,
y á derribarle á golpes se resuelve.

Diz que al sentirse por el hacha herido,
dejó escapar el árbol un gemido,
y con voz lastimera,
hablóle al leñador de esta manera:

—Suspende tu labor, el hacha esconde,
y á lo que yo pregunte tú responde:
Dime, hombre sin entrañas,
¿por qué tan sin piedad en mí te ensañas?
¿Tan pronto has olvidado
lo mucho que á mi sombra has disfrutado?
¿Qué daño puedo hacerte
para que me maltrates de esta suerte?
¿Por qué en paz no me dejas?

Mas, lejos de rendirse á tales quejas,
sin dar el leñador tregua á sus brazos,
redobla con más bríos los hachazos.
«Tal es la ingratitude, que á quien le halaga,
con sinsabores y amarguras paga».





XXIX

LA VIRTUD DEL ALACRÁN

Un venenoso alacrán
de intención dañina y torva,
despechado porque huían
de su lado las personas,
igual que se huye del tifus,
de la viruela y del cólera,
encarándose una vez
con una mansa paloma
y un pintado jilguerillo
y una inofensiva alondra,
díjoles lleno de ira,

con voz destemplada y ronca:
—¡Detened el rauda vuelo,
y escuchadme, que os importa!
¿Creéis que me dais envidia
porque teneis alas propias
que á las serenas regiones
de los aires os remontan,
mientras yo vivo escondido
entre malezas hediondas?

¿Juzgais que me causa celos
y disgusto me ocasiona
ver que, al paso que los hombres
conmigo jamás se rozan,
de atenciones y cuidados
en toda ocasión os colman?
Juro que de medio á medio
vuestro orgullo se equivoca,
pues como me basto solo,
todos los hombres me estorban.

Serviles y aduladores
que estais viviendo á su costa,
yo soy la misma virtud;
como la mía no hay honra;
¡Soy el animal más íntegro
de cuantos la tierra brota!
¡Serviles, aduladores,
ya estáis hechos buena tropa!

Sobre las ramas de un árbol
oyó el jilguero la «bronca»,
y cuando hubo concluído
díjole con mucha sorna:

—¿Conque eres tan virtuoso
y tan íntegro? ¡Hola, hola!
Diréte yo, sin embargo,
que estoy por echarlo á broma,
y que todo eso lo cuentas
á los que no te conozcan,
pues yo bien sé que te arrastras
por ver si tu objeto logras;
pero el hombre te desprecia,
porque ni tú le haces sombra,
ni puede esperar de ti
más que veneno y ponzoña.

«Muchos, como el alacrán,
de virtuosos blasonan,
pero es porque no hay ninguno
que á prueba su virtud ponga».





XXX

EL SASTRE Y EL ZAPATERO

I

Cuentan de un zapatero,
que pasaba pescando el día entero;
y una hermosa mañana de verano
sin dejar caña y cebo de la mano,
con el sastre de enfrente
sostenía el diálogo siguiente:

—Me da pena, vecino,
verle pegado al banco de contínuo,
pues yo me aburriría
manejando la aguja todo el día.
¿No se le quita de coser la gana

al ver una mañana
tan deliciosa y fresca?

Vámonos, pues, de pesca.

—Váyase usted, amigo,
que yo en mi casa trabajando sigo,
pues la labor apura

—dijo el sastre planchando una costura—;
y ¿qué remedio tiene?

hay que tomar el tiempo según viene,
porque en cambio, en los días del invierno
no hay quien encargue un terno;
y tenga usted, vecino, por seguro,
que es la labor presente el pan futuro.

—Quédese usted con Dios y sus razones,
y eche yo un par de suelas y tacones
con que gane por hoy el alimento,
y viviré contento.

¿Por qué más ambición? ¿Qué más fortuna?

—¿Y si las suelas faltan?— Pues se ayuna—;
dijo, y marchóse el zapatero, haciendo
mofa del sastre, que siguió cosiendo.

II

Era una tarde hermosa de Febrero,
y el sastre al zapatero
le habló de esta manera:

—El que espera, vecino, desespera.
No debe ser, por cierto, divertido,
estarse ahora en el portal metido...
Hace un día excelente.— Ya lo veo.

—Véngase usted conmigo de paseo:
¿O abunda la labor?... — Ni por asomo;
ya hace más de dos días que no como.

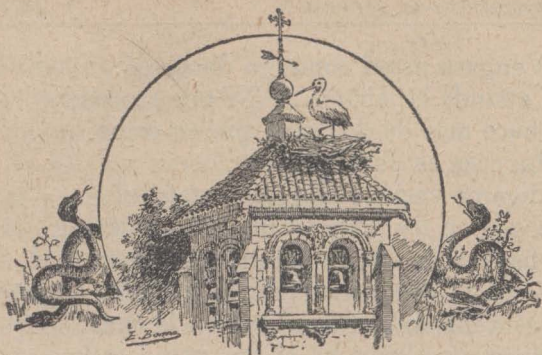
— La cosa es dura y triste;
y, dígame vecino: ¿En qué consiste?
¿Es que en los días del invierno ingratos
no hay nadie que se mande hacer zapatos?

— ¡Ay!, desgraciadamente usted se engaña;
no está mi mal en eso; está en la caña.

Si en el verano, en el que usted solía
pasarse trabajando todo el día,
á mí en vez de pescar me hubiese dado
por remendar calzado,
hoy no me abandonarían mis clientes,
cansados é impacientes,
y aunque no viera mis bolsillos llenos,
no estaría en ayunas por lo menos.

Oyóle el sastre, y despegando el labio:
Esta máxima—dijo aprenda y siga:
«Muévete ¡oh perezoso! y ve la hormiga:
considera su obra y haz por ser sabio».





XXXI

LA CIGÜEÑA Y LOS REPTILES

En el campanario erguido
de una torre lugareña,
una colosal cigüeña
fabricó un día su nido.

Y con arranques viriles,
libraba en constante riña
la dilatada campiña
de insectos y de reptiles.

Contra tan nobles campañas,
insidiosas é iracundas
lanzaron babas inmundas
venenosas alimañas.

Y del campo en un recodo,
mostrando sus aguijones,
cuatro ó cinco culebrones
se expresaron de este modo:

—Nuestra enemiga es cruel,
y exterminarla se debe,
ya que ella á todos nos mueve
guerra á muerte y sin cuartel.

Ante furor tan injusto,
rabiosa indignación brote;
mengua es que el terrible azote
nos tenga en perpetuo susto.

Arriba luz y aquí cieno;
más no nos hará esto mella:
si alas potentes tiene ella,
nos sobra á todos veneno.

Lanzado este desafío
desde el lodo de la tierra,
tornó el ave á hacer la guerra
con más pujanza y más brío.

Y con el fin de que acabe
tan enojosa cuestión,
no dan paz culebras ni ave
al pico ni al aguijón.

Mas, fuera inútil dudar;
jamás el triunfo está al lado
del que dañino y taimado
se arrastra para luchar.

Y así al cabo sucedió,
tras combate tan reñido,
que la cigüeña en su nido

triunfadora se elevó.

«A quien en las sombras viles
suele herir, esto le enseña
que siempre hay una cigüeña
que nos limpia de reptiles».





XXXII

EL GUSANO DE SEDA Y EL CERDO

Un señor que vivía
bajo el radiante sol de Andalucía
y contaba en su hacienda por millares
limoneros, naranjos y olivares,
quiso dar nuevo giro á su moneda,
y pensó en el cultivo de la seda.

Claro está que podía fácilmente
encontrar en Europa la simiente
del industrioso, productor gusano;
pero por imitar á Justiniano,
de quien era entusiasta verdadero,

á un padre misionero
que iba á extender de Cristo la doctrina
por el remoto imperio de la China,
le encargó que, si al pueblo de los Seres
le llevaban un día sus deberes,
de aquél país al regresar á España
trajera la simiente en una caña.

Hízolo el Padre así, y él, entre tanto,
por disfrutar cuanto antes de este encanto,
y abrigando esperanzas lisonjeras,
plantó algunos viveros de moreras,
cuyas hojas sin cuento
sirviesen al gusano de alimento.

Una vez que logrado
hubo el precioso insecto codiciado,
comenzó su labor, y de tal modo
llegó á salirle todo,
que su fábrica al fin fué conocida
y á otras de igual industria preferida.

Tenía el tal señor en sus corrales,
entre algunas docenas de animales,
un cerdo que, envidioso
del gusano industrioso,
su odiosa suerte con furor maldijo,
y así gruñendo y hocicando dijo:

—Los bordes de lo justo esto rebasa:
yo soy el más marrano de la casa;
mas, por quien soy, que he de probar al amo
que, aunque cerdo me llamo,
puedo hacer un trabajo tan perfecto
como el que hace el insecto...

Gruñó, tornó á gruñir, lanzó bravatas,
puso á contribución las cuatro patas,
pero por más que hacía,
la esmerada labor no aparecía,
y aunque él juzgaba su producto bueno,
era tan solo despreciable cieno.

«Nunca falta en el mundo un hombre vano
que queriendo imitar á este gusano,
falto de gusto, inspiración y tino,
sólo consigue hacer lo del cochino».





XXXIII

LA TIERRA Y LA LUNA

He leído hace poco, y no recuerdo si ha sido en Flammarión, ó en Julio Verne, que en los altos imperios siderales, una noche serena de Septiembre, con voz atronadora y gigantesca nuestra tierra orgullosa y su satélite despechados, hablaron de este modo, sin dejar de girar sobre sus ejes:

—Óyeme, inútil, solitaria Luna:
¿Por qué á mi lado á caminar te atreves?

¿Qué misión es la tuya, majadera,
en el concierto universal, celeste?
¿Querrás, acaso, competir conmigo?
Nada me falta á mí, tú nada tienes;
una realidad soy y tú una ruina;
soy la fecundidad, tú eres estéril;
en mi reina el bullicio, en tí el silencio;
yo soy, en fin, la vida, tú la muerte.
Cantos me dá el poeta, el sabio gloria,
aromas el jardín, la abeja mieles,
y en mi amoroso suelo exuberante
pasan los días para el hombre breves,
pues, si suele sufrir, también es cierto
que al lado del dolor halla el deleite.

¿Y osas acaso competir conmigo?
¡Cándida pretensión: perderás siempre!

—No pregones alardes ni arrogancias,
ni porque estoy caduca me motejes.

—Diz que la Luna contestó á la Tierra
con aire sentencioso y voz solemne . . .

Nacimos á la vez, la ciencia afirma
que mi hermana gemela también eres;
pero el hado ha dispuesto poco justo,
que sea tan distinta nuestra suerte,
que, mientras tú, dichosa y altanera,
ves en tu suelo delicioso y fértil
transformarse la savia de la vida
en familias y pueblos y vergeles,
mi existencia, de achaques y de angustias,
quebranta mi salud y me envejece.
Mas considera bien, Tierra orgullosa,

que aún no te soy inútil; mi luz ténue
disipa las tinieblas de tus noches,
y es tu vida por ella más alegre.
Y lo que es para tí más saludable,
por la hermosa enseñanza que te ofrece;
yo soy la decepción, el desengaño,
y en mi espejo tristísimo se aprende
que la salud, la dicha y la belleza,
prendas livianas son, que al fin se pierden.

«Todos los que hacen mofa
de físicos defectos que otros tienen,
lo que suelen durar sus vanidades,
en esta fabulilla aprender deben».





XXXIV

LA PROCELARIA Y EL HURACÁN

En alta mar un día
se hallaron frente á frente,
y presos una y otro
de irresistible afán,
su vuelo refrenando
magnífico y potente:

Los dos nos conocemos—
exclaman de repente.

—¡Yo soy la Procelaria!

—Yo soy el Huracán!



— ¡Y así atrevida retas
mis poderosos bríos,
mi cólera iracunda,
mi bárbaro furor!
¿No sabes, desdichada,
que los alientos míos
sepultan los palacios
y estrellan los navíos,
llevando donde quiera
la ruina y el terror?



¿Quién mi terrible empuje
detiene ni embaraza?
¿Quién contra mí su vida
se atreve á defender?...
¡ Aunque las mismas rocas
te sirvan de coraza,
sino huyes del peligro
que fiero te amenaza,
de mi tremendo encono
la víctima has de ser.



— Tus iras no me causan
espantos ni recelos;
jamás tus intenciones
malévolas, temí;
si tú coraje tienes,
á mí me sobran velos;
si á tí Satán te ayuda

protégenme los cielos,
pues me han dado estas alas
para vencerme á tí.



Y el huracán, bramando
con fuerza extraordinaria,
su aliento contra el ave
titánico lanzó;
más no venció por esto,
que al fin la Procelaria
valiente y victoriosa,
serena y solitaria,
sobre los crespos mares
sus vuelos remontó.



Del mismo modo al justo,
con torvas intenciones,
la envidia ruin procura
llenarle de inquietud;
pero ¡ay! sobre el soberbio
ciclón de las pasiones,
á más grandes y augustas
magníficas regiones
levanta victoriosa
su frente la virtud.





XXXV

ROSALES

A ciegas, joven, caminas,
cuando tus ojos no notan
que en un mismo tallo brotan
las rosas y las espinas.

Que el placer, como el rosal,
de los cien casos, los cien,
guarda en sus rosas el bien
y en sus espinas el mal.

Advierta, pues, tu razón,
niña, que aun en los mejores,
aquellas que no son flores,
espinas, sin duda, son.





XXXVI

NOCHE APACIBLE

Lentamente la tarde
su hermosa frente inclina,
y en lánguidos de-mayos
en el ocaso expira.

El sol á otras regiones
lanza su luz rojiza,
y el ángel de la noche
triunfante se aproxima.

En el tendido espacio
sin descansar gravita,

de la celeste esfera
la máquina divina,
y el manto oscuro adornan
con plácida armonía
los astros que en la noche
parpadeando brillan.

Muestra su faz la luna,
que amarillenta y tibia
cual recatada virgen,
avergonzada mira.

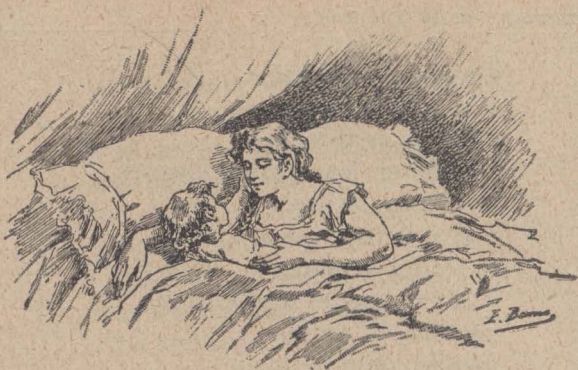
Como albas mariposas
que vuelan divertidas
con vaporosas alas
recrean y acarician
á los hermosos astros
las blancas nubecillas.

Todo en la tierra duerme,
la mar está tranquila,
y en blando movimiento
las mansas aguas riza,
lamiéndolas mimosa
la juguetona brisa;
y cuando se suceden
las olas y se agitan,
á un manto se asemejan
de plata, donde brilla
con luces y cambiantes
radiosa pedrería.

Un barco en el mar hunde
la exploradora quilla
que á las risueñas costas

á remo se aproxima,
y el leve lino apenas,
del palo se desvía,
cuando en los suaves pliegues
el aire se desliza...
y el marinero goza,
se alegra y regocija,
y al Ser que el mar enfrena
bendice de rodillas,
viendo como la noche
se aleja y se divisa
con el fulgor radiante
de la luz matutina,
el suspirado puerto
ó la anhelada isla.





XXXVII

Á UN NIÑO

Dormido se halla el niño
al lado de su madre,
con su rostro de cielo,
con su sonrisa de ángel.

Cuando el sol se despide
de la apacible tarde,
y en Occidente oculta
su lívido semblante;
cuando la flor su aroma
por vez postrera esparce,
cerrando de su broche
los nítidos corales;

dormido se halla el niño
al lado de su madre,
con su rostro de cielo,
con su sonrisa de ángel.

Cuando, dejando el alba
su lecho de diamante,
se arregla en el espejo
de los tranquilos mares.

Cuando más alto ríen
los claros manantiales,
y al Creador saludan
los hombres y las aves;
despierto se halla el niño
al lado de su madre,
con su rostro de cielo,
con su sonrisa de ángel

Mil ósculos entonces
imprime en su semblante,
y el niño la acaricia
pagando sus afanes;
y al par que con las trenzas
que por sus hombros caen,
la madre á su hijo tierno
dulcemente distrae;
despierto se halla el niño
al lado de su madre,
con su rostro de cielo,
con su sonrisa de ángel.





XXXVIII

Á JESÚS

Junto á tu divino Padre,
sentado en el cielo estás,
mirando cómo los mundos
te saludan al pasar.

Por Tí los soles alumbran
en la región sideral;
por Tí, dulce Señor mío,

los mundos vienen y van.

Desde el hombre hasta el insecto
bajo tus leyes están,
y á tu aliento poderoso
muévense el viento y la mar.

La cumbre de la montaña
por Tí se levanta audaz,
por Tí el poético valle
lleno de flores está.

Al mundo por Tí creado,
penas y alegrías das;
Tú engendras el terremoto
y revientas el volcán.

A Tí el oloroso incienso
levanta orando el mortal;
por Tí eleva el pajarillo
su inimitable cantar;
mientras Tú señor divino,
sobre los cielos estás,
y con tu aliento diriges
el concierto universal.





XXXIX

PATRIÓTICA

Cuando ví por vez primera
de mi patria la bandera,
mi pobre madre me dijo:

—Oye, hijo:

que no ignores me conviene,
que la España en ella tiene
su esperanza y su alegría.

Hubo un día
en que de apartadas zonas,
otros pueblos y coronas,
cetros, timbres y blasones
y pendones,
ocultando su coraje,

la rindieron vasallaje,
y de asombro el mundo lleno,
de su seno
vió surgir Jaimes y Cides,
y otros muchos adalides
que iluminan nuestra historia
con su gloria;
y en lucha no interrumpida,
á nuestra patria oro y vida
los héroes sacrificaron
y llenaron,
conquistando cien laureles,
buriles, plumas, pinceles,
todo el mundo con su fama.
¿Quién no la ama,
si tenemos la fortuna
de que nos sirvió de cuna?
¿Si su sol resplandeciente
nuestra frente
con rubios fulgores baña?
¿Cómo no querer á España
y sus mudos horizontes,
y sus montes
pintorescos, seculares,
y sus ríos y sus mares,
y sus campos y sus rosas
deliciosas,
si ella amable nos halaga,
y, generosa, nos paga
con savias, frutos y amores
y favores?

No olvides jamás que en ella
tu niñez cándida y bella
mecióse al son de oraciones
y canciones
que saturaban tu alma
de paz dulce y dulce calma;
y cuando de tí delante
se levante
ya abatida, ya risueña,
su gloriosísima enseña,
piensa que es de España guía,
y esperanza y alegría.





XL

MUERTO

Vedle cómo camina con tardo paso,
sin que de sus pesares nadie haga caso,
sin pan ni abrigo,
muertas sus esperanzas ¡pobre mendigo!

Es joven todavía y ¡oh desventura!
va cruzando la senda de la amargura;
doquier sus ojos
sólo ven sinsabores, cieno y abrojos.

También feliz ha sido, también un día
le acarició la diosa de la alegría;
también su alma
sintió en tiempos mejores plácida calma.

Él también tuvo padres, y siendo niño,
en sus amantes pechos halló cariño;

también su vida
se ha visto en sueños dulces adormecida.

También su tierna madre siempre amorosa,
le besaba en su rostro de nieve y rosa.

¡Triste quimera!

¡Si es tan breve, tan breve la primavera!

Sus padres sucumbieron, cambió su suerte,
y al verse triste y solo, pensó en la muerte;

y él la llamaba,
la llamaba, pero ella no le escuchaba.

Por eso entre torturas camina errante,
sin que haya quien le tienda su brazo amante;

sin un amigo
que calme sus dolores; ¡pobre mendigo!

Con la duda en el alma, la vista incierta,
vedle cómo camina de puerta en puerta;

su angustia es tanta,
que á seguir se resiste su débil planta.

Miradle: está abatido, llora, parece
que va á caer en tierra, que desfallece...

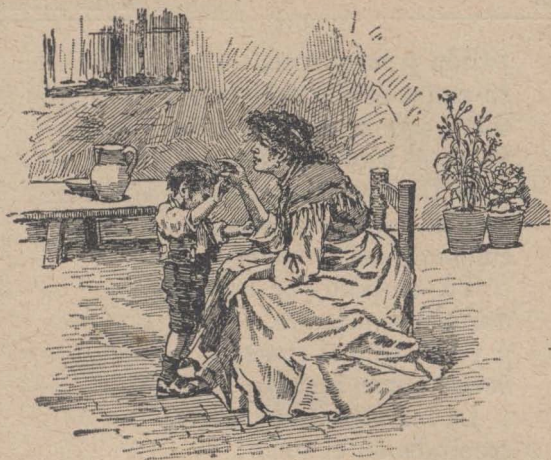
¡mundo homicida,
tú abriste su profunda, mortal herida!

Tú en su pecho despiertas odios y agravios;
por tí lanzan sus fríos, trémulos labios,

esta saeta:

«Soy el bardo que muere ¡pobre poeta!»





XLI

LA GARZA

—¿No escuchas, madre mía?...
¿Quién mueve ese aleteo
que azota los cristales
turbando este silencio?

—Le mueve, hijo querido,
la amiga de los muertos.

Como esta era una noche,
ya hace bastante tiempo;
meditabundo y triste,

pálido y macilento,
tu padre estaba echado
sobre este humilde lecho;
yo en él fijos los ojos
y en Dios el pensamiento,
pasaba hora tras hora
cuidando del enfermo.

Tú, en tanto, en mi regazo
dormías sonriendo,
y yo no sé qué cosas
decías entre sueños.

La luz medrosa y triste,
crepitaba en el suelo;
turbaba aquel reposo
monótono aguacero
y el ruido prolongado
del pavoroso trueno;
y allá, de vez en cuando,
oíase á lo lejos
el misterioso aullido
del asustado perro...

De pronto, en los cristales,
sonó el triste aleteo
con que se anuncia siempre
la amiga de los muertos.
Tu padre dió un suspiro,
yo sollocé en silencio,
la luz se iba apagando,
la tempestad creciendo;
más tarde, hijo querido,
tú sacudiste el sueño,

llamaste á tu padre.

¡mas, ya estaba en el cielo!

—¡Huérfano, madre mía!,
me hieren tus recuerdos,
ve y espanta esa garza
porque la tengo miedo.





XLII

A MI MADRE

 Mi ofrenda es asaz tardía,
mas, ya en frases de dolor,
ya en estrofas de alegría,
voy á cantar, madre mía,
la excelsitud de tu amor.

 Para mis dulces deseos
no hallo placeres mejores
ni más hermosos recreos:
yo escucho en él aleteos
y trovas de ruseñores!

 En su misión sacrosanta
sólo bienes atesora,
y cuando su voz levanta,

es un ósculo que canta
ó una plegaria que llora.

Divino, porque redime,
dulce, porque da consuelo,
grande, porque sufre y gime;
¡es un remedio sublime
de la santidad del cielo!

Si yo tuviera un tesoro
de rimadoras canciones
vibrando en laúdes de oro,
mi plectro, entonces sonoro,
pudiera ensalzar sus dones.

Mas, mi lira es tan menguada,
tan pobre mi inspiración...
¡ay! para tí madre amada,
no hay lira mejor templada
que mi propio corazón.

Tú, en mi niñez candorosa,
presa de dulces excesos,
me arrullaste cariñosa,
con roces de mariposa
y melodías de besos.

Tú, santo consuelo mío,
tú, que llegaste á pensar
en tu amante desvarío,
que estaba el cielo vacío
porque yo estaba en tu hogar.

No trocaras complaciente
por todo un mundo de hechizos
que pueda soñar tu mente,
ni uno de los áureos rizos

de mi sonrosada frente.

Para mí eran tus sudores,
para mí tus energías,
tus cuidados, tus amores;
¡qué más, si con tus dolores
formabas mis alegrías!

Y no está el cielo más triste
cuando en vez del sol brillante
sombra impura en él existe,
que tú, madre, cuando viste
sin placidez mi semblante.

Tú adoraste mi inocencia;
tus brazos fueron mi lecho
y me diste ¡hermosa herencia!
la bondad de mi existencia
con el jugo de tu pecho.

Tu único desvelo fuí,
y en tu adorable inquietud,
lleno de alegría ví
que soñaste para mí,
gloria, poder y virtud.

Cielos y tierra á la vez
hubieras tú reducido
de mi nido á la estrechez,
por dar encantos al nido
de mi risueña niñez.

Y á tanto, madre querida,
llegó por mí tu ambición,
que hubieras dado, rendida,
por mis caprichos, tu vida,
por mi bien, tu salvación.

Cuando fiebre abrumadora
en mi faz pálida y mustia
grabó su huella traidora,
tú velaste hora tras hora
junto á mi lecho de angustia.

Y fija en mi cabecera,
que fué tu afán y tu centro,
en lucha gigante y fiera
tú ahogabas el dolor dentro,
para que yo no lo viera.

¡Pobre mártir, dulce encanto
que recoges de mí en pos
el tributo de mi llanto;
yo adoro tu nombre santo,
como se adora el de Dios!

¿Qué otra cosa puedo hacer
como premio á la bondad
de la que me ha dado el ser?...
¡Ay, si tuviera poder
como tengo voluntad!...

¡Señor!, pues es mi alegría
dame tu favor divino,
y haz porque la madre mía
me sirva de compañía
hasta el fin de mi camino.

Separarnos me da miedo;
¡no me la arranques de aquí!
Solo... Dios mío... no puedo!
¡Ni yo sin ella me quede,
ni ella se marche de mí!





XLIII

CAMELIAS Y VIOLETAS

Todo paz, todo encanto,
todo alegría,
rico en flores el huerto
y en luz el día,
parlera el ave,
el arroyo risueño
y el viento suave.



Aquí, en diversos grupos
de varia hechura

la camelia hace gala
de su hermosura,
y allí, en macetas,
yérguense nuevos grupos
de violetas.



La alegría en su cáliz
temblando asoma:
unas luces matices
y otras aroma:
y á sus primores,
da el vientecillo arrullos
y el sol fulgores.



Modestia y poesía
guarda el capullo
de la pobre viola
y el otro orgullo,
vanidad ciega...,
y el jardinero, en tanto,
riega que riega.



—Jardinerito, dime,
dí, jardinero
que esas camelias cuidas
con tanto esmero:
pues son tan bellas,
¿qué destino es el suyo?
¿qué va á ser de ellas?



—Mi señora dispone
baile y concierto,
y una de estas brillantes
flores del huerto,
con su belleza
lucirá en su redonda
gentil cabeza.



Él volvióse á las rosas
de su retiro,
pensando en las camelias,
yo dí un suspiro;
luego mirando
las pobres violetas
fuí preguntando.



—Jardinerito, dime,
dí, jardinero
que aquellas flores cuidas
con tanto esmero,
pues son tan bellas,
¿qué destino es el suyo?
¿qué va á ser de ellas?



—Mirad... en esa ermita
que veis cercana,
prepárase una fiesta
para mañana,
y allí, á millares,

lucirán estas flores
en sus altares.



¡Oh flores, flores bellas,
flores distintas!
dije, viendo sus varias
preciosas tintas;
varias en todo,
que unas van á la gloria
y otras al lodo.



Almas distintas, almas
de los mortales,
terrenas unas, y otras
angelicales;
en vuestro anhelo,
unas buscáis la tierra
y otras el cielo.





XLIV

CIENTO POR UNO

En su blando lecho
durmióse la niña
soñando venturas,
soñando delicias
y es que dió á un pobrecito en su casa
limosna aquel día.



Y Dios, que las buenas
acciones no olvida,
llenó á la mañana
de cosas muy lindas,
y muñecas hermosas y dulces
su caja vacía.





XLV

CARIDAD

Hay un humilde y lóbrego aposento,
miserable mansión, triste vivienda,
donde con languidez yace postrada
la imagen del dolor y la pobreza.

En el rincón más negro y apartado,
se alza una tosca y empolvada mesa
que contiene un velón, cuya luz ténue
alguna que otra vez chisporrotea.

Furioso vendaval á cada instante
de una ventana azota las maderas,
y salvando resquicios,
vuela á estrellarse en la cerrada puerta.

En la tosca pared, vetustos cuadros

de enormes clavos vacilantes cuelgan,
y escasos muebles de apariencia tosca
las galas son de tan humilde pieza.

Enfermo yace en miserable lecho
un hombre joven, pues apenas cuenta
cuarenta años de edad, y el triste tiene
fija en sus hijos la mirada intensa.

Cándidos rapazuelos se divierten
en el regazo de su madre tierna,
que arrasados en lágrimas los ojos
con amarga sonrisa los contempla.

—¡Oh, qué dulce es soñar—clama afligida—,
si es el sueño feliz de la inocencia!—

—Dame un beso, mamá—dicen los niños—;

¿por qué lloras así, por qué te quejas?

Seca el llanto, mamá, que Dios del Cielo
remediará nuestras amargas penas.

La madre, entonces, loca,
los abraza y los besa,

pero ellos, desasiéndose de pronto
del brazo maternal que los sujeta:

—Tengo hambre, dame pan—dicen á un tiempo
que la dulce esperanza los alegra.

¡Hijos de mis entrañas, hijos míos!

—dice aquella mujer—tened paciencia;

no tengo pan que daros, ¡ay! mañana
yo lo mendigaré de puerta en puerta...

Callan los niños y á su juego tornan,

esperando el mañana que no llega;

y el enfermo, entre tanto, sobre el lecho
incorporarse como puede intenta.

Las descarnadas y huesosas manos
á la rugosa frente febril lleva,
y crece por momentos la agonía
que agota el manantial de su existencia.

Hace un esfuerzo el infeliz, supremo,
y volviendo angustiado la cabeza
hacia su esposa exclama:

—¡Ay de ellos! ¿qué será cuando yo muera?...

Las pobres criaturas abandonan
su candoroso juego y balbucean:

—¡Qué! ¿Te vas á morir, padre querido?...

La Virgen no querrá, porque es muy buena.

De improviso una ráfaga de viento
por la rota ventana audaz penetra,
mata la luz y la mansión del pobre
sumida permanece en las tinieblas.

.....
Un vivo resplandor al punto invade
la estancia, y entra en ella
puro y radiante, como el alba hermoso
y extendida la rubia cabellera
sobre sus níveos hombros,
un ángel puro, de gentil presencia.

De sus ojos azules y expresivos
miradas lanza de ternura llenas,
y ostenta en su semblante
majestad y pureza.

Lleva un ramo de palma
en la siniestra mano y en la diestra
el pan que piden los hambrientos niños,
que bendicen á Dios en su inocencia.

Era la hermosa Caridad sublime,
que en la mansión entró de la pobreza,
y llevó la salud y el alimento
á los que todo lo esperaban de ella.

Caridad bienhechora,
divina Caridad ¡bendita seas!





XLVI

DOS LABRIEGOS

Los dos son castellanos y campesinos,
y en las mismas labores pasan los días;
sus extensos sembrados están vecinos,
y están juntas, muy juntas, sus alquerías.

Mas no son los labriegos en todo iguales,
que al decir de sencillas, honradas gentes,
en nada se asemejan sus ideales,
y ambos persiguen fines muy diferentes.

Uno vende los frutos de su cosecha
y enriquecerse nunca con ellos trata,

y otro las hondas crisis del trigo acecha,
para lograr del suyo montes de plata.

Pero el Señor, que, sabe sus intenciones,
compadece al segundo y ama al primero
y sobre é-te derrama sus bendiciones
mientras los bienes merma del usurero.

Dios así lo dispuso y así está escrito;
regocíjese el bueno, tiemble el malvado:
«El que su grano esconde será maldito;
¡dichoso el que su fruto saca al mercado!»





XLVII

DEL ANÓNIMO

«Soy un papel despreciable
que sólo á la maldad sirvo,
y ostento mis caracteres
con sangre y veneno escritos.

Del insulto me alimento
y de la calumnia vivo,
y es tanta mi cobardía,
y tan grande mi cinismo,
y mi intención tan perversa
y mis fines tan dañinos,
que no hay para mí hombre honrado,

ni nombre bien adquirido,
ni fortuna bien ganada,
ni acción sana, ni honor limpio.

Infame depositario
de todo cuanto hay de indigno
yo no alimento ideales,
ni reconozco principios,
ni con bienestar ajeno
ni ajena dicha transijo.

Yo me revuelvo en el fango,
que él es el funesto amigo
del que todas mis malvadas
inspiraciones recibo;
yo, como el reptil inmundo,
solo ponzoña vomito
y me place la discordia,
y hallo en el mal regocijo,
y ora al militar injurio
ó al sacerdote mancillo,
y censuro al hombre humilde
y difamo al hombre activo,
y á todo el mundo hago blanco
de mi proceder inicuo.

Yo, con el fin censurable
de armar polvareda y cisco,
en todas partes me lanzo
y me encuentro en todos sitios
donde pretendo hacer mal,
donde hacer daño consigo.

Me solicita el innoble,
de mí se ampara el mezquino,

todo el que tiene por norma
la prostitución y el vicio,
todo el que huye de la luz
como del mayor peligro.

Para las conciencias sanas
soy un malvado, un maldito,
y á veces sobre mí pesa
tanto su fallo justísimo
que, sin poder remediarlo,
me avergüenzo de mí mismo.





XLVIII

LA ORACIÓN DEL HUERTO

Callad los que en la malla de engañadora orgía
esclavizáis la impía, mudable voluntad;
los que al dorado yugo de pérfidos placeres
dobláis, débiles séres, vuestra cerviz, ¡callad!

¿No llega á vuestro indócil oído desdichado,
el eco acompasado de celestial rumor?

¿No adivinas que anuncia su música inefable,
la dulce, la adorable presencia del Señor?

Al solitario monte dirige silencioso
su augusto, su amoroso, su delicado pie;
y á su mirada hermosa donde el amor palpita,
del alma resucita la bienhechora fe.

El lirio, cuyo cáliz la fresca brisa orea,
el trébol de Judea, la flor del olivar,
el oloroso credo, la rosa sonriente
se inclinan mansamente cuando le ven pasar.

Suspenden pesarosas las aves su lenguaje,
su música salvaje las aguas del Cedrón;
y sola, entre perfumes, al cielo se levanta
del Dios Hombre, la santa, dulcísima oración.

Callad, callad, ¿no oísteis en noche silenciosa
la música amorosa de armónico laúd,
turbar, vagando errátiles sus notas voladoras,
de las nocturnas horas la plácida quietud?

Cuando el naciente día nos manda desde lejos
encantos y reflejos de su primer albor,
¿no oísteis en las crestas de las floridas lomas
arrullos de palomas, coloquios del amor?

Cuando risueño ciñe guirnaldas y diademas
de fecundantes yemas el oloroso Abril,
¿no hirió vuestros oídos, sentida y delicada,
la queja apasionada del ruiseñor gentil?

Cuando las flores brindan risueñas y felices
aromas y matices en lechos de coral,
¿no oísteis su envidiable, castísimo alborozo
meciéndose al retozo del aura matinal?

Cuando la luna quiebra del mar entre los rizos
los mágicos hechizos de su argentada faz,
¿no oísteis confundidas con balanceos de olas,
las dulces barcarolas del marinero audaz?

Cuando en el templo el alma se eleva á las
[alturas
y sueña con venturas que sólo el alma ve,

¡oísteis elevarse del órgano á los sonos
arrullos de oraciones, lenguaje de la fe?

Pues es mucho más grata, más dulce al des-
[terrado,
la voz de su adorado divino Redentor,
tesoro inacabable de caridad ardiente,
tranquila y casta fuente del eternal amor.

Ella es la voz que espera, ella es la voz que
[llora,
ella es la voz que implora remedio á nuestro
[mal;
la que el consuelo anima, la que el dolor em
[barga
como la hiel amarga, dulce como el panal.

Es la plegaria augusta que de Jesús dimana,
del Mártir que mañana sucumbirá en la cruz;
del que mirando logra legar á los mortales
benéficos raudales de salvadora luz.

Callad, y unid al suyo vuestro angustioso
[duelo,
que enternecido el Cielo recibe su oración,
tesoro inacabable de caridad ardiente,
tesoros de ternura y auroras de perdón.

Que el alma pecadora, llorando arrepentida,
recoja agradecida su acento de piedad;
¡silencio: que no turbe vuestro clamor mezquino
el éxtasis divino del Redentor, callad!





XLIX

¡POBRE HIJO MÍO

Ayer besé delirante
su semblante
lleno de amor y de luz;
hoy piso su sepultura
de amargura
dejando un beso en su cruz.



Mas si hoy con triste embeleso
dejo un beso
en la cruz que se alza allí,
cuando yo muera ¡aquel día
en la mía,
quién le estampará por mí!





L

HORAS FELICES

Para mi esposa y mis hijas

En la suave pendiente de una colina
que ofrece á mis sentidos vida más franca,
como en su nido vive la golondrina,
vivo yo en mi risueña casita blanca.

Es de apariencia humilde, pero muy bella;
se diría que el Cielo piadoso quiso
rodearla de encantos, haciendo de ella
delicioso remedo del Paraíso.

Allí arrulla con besos de amor la brisa
los nacientes racimos de los parrales,
allí se abren del alba con la sonrisa
los capullos hermosos de los rosales.

Claveles y azucenas crecen unidos
y embalsaman el aire con sus aromas,
y en sus blandos y ocultos calientes nidos,
se arrullan los pichones y las palomas.

Trepa por las paredes la pasionaria,
cuyo cáliz el día con su luz besa,
y en pequeños corimbos ó solitaria
sus sabrosos corales luce la fresa.

Y bajo los doseles de su ramaje,
con tímidos sonrojos y desperezos,
asoman dando encantos á este paisaje,
los brotes de los guindos y los cerezos.

Todo es paz y concordia donde yo habito,
todo al goce inefable del amor llama,
que es el amor el genio dulce y bendito
que la belleza anima del panorama.

Yo adoro este pedazo de fértil suelo,
yo amo estas lontananzas y lejanías,
su soledad augusta, su hermoso cielo,
sus apacibles noches, sus claros días.

Mas no estoy yo aquí solo, porque á mi lado
mi mujer y mis hijas alegres viven,
y, como yo, disfrutan de este cercado,
y, como yo, sus dones de Dios reciben.

Siempre que el sol despunta por la mañana,
su amoroso saludo nos da en seguida,
y en el florido alféizar de mi ventana

le enviamos nosotros la bienvenida.

Y en Dios el pensamiento y al alma fijos,
cumplimos del cristiano con los deberes,
y ¡qué felices somos con nuestros hijos,
cuando nos dejan libres nuestros quehaceres!

Mientras brincan y corren por los paseos,
vuelan las avecillas regocijadas,
y responden con trinos y con gorjeos
á su música alegre de carcajadas.

Y hasta los delicados, tiernos arbustos,
con sus risueñas frutas dulces ó agraces,
satisfacción cumplida dando á sus gustos
acarician los labios de los rapaces.

Como el amor hermoso sus pasos guía
y en el amor se encienden sus corazones,
en él hallan los hijos del alma mía
sus gratos pasatiempos y diversiones.

Y son los que sin duda más los encantan
y á los que con más gusto los dos se entregan:
los amores al árbol que á veces plantan,
los amores al árbol que á veces riegan.

Y el que sus manos cuidan lucido crece
y prosperan sus galas y su hermosura,
y templando los rayos del sol parece
que á mis hijos convidan con su frescura.

Mas cuando yo orgulloso de ambos me siento
es cuando tras la cerca que el paso impide,
fatigado y rendido, mustio y hambriento,
una limosna el pobre temblando pide.

¡Ay! entonces mi amada, dulce pareja,
su propio pan le ofrece, le ofrece abrigo,

y algazaras y juegos, todo lo deja
por remediar los males de su mendigo.

—Dios os lo pague, hermosos, el pobre
[dice—,

pues aliviais la suerte del desgraciado.

¡Dios á los niños buenos ama y bendice! —

y él se va, y ellos corren á nuestro lado.

¡Oh, que amantes transportes y qué embe-
y qué dar alegrías á sus antojos! [lesos,

Mi mujer los abraza, los come á besos,
mientras alegre el llanto brota en mis ojos.

Busquen otros placeres, glorias y honores
del mundo y en los afanes y el desvarío,
mientras en el cercado de mis amores
bate la paz sus alas en torno mío.

Yo no quiero más gloria ni más fortuna,
yo no aspiro á otros bienes ni á otro tesoro
que velar por mis hijos desde su cuna,
¡por mis hijos del alma, que tanto adoro!...

Allá cuando atardece y el sol declina,
y con luz apacible mi huerto baña,
en la suave ladera de la colina
yo les cuento á mis hijos cosas de España.

—Fué otro tiempo dichosa, porque fué buena
—digo, fijando en ellos una mirada—,
y hoy, porque se extravía, Dios la condena
á vivir pobre y triste y abandonada.

Con los niños, tampoco suele hacer menos,
que ocultarle sus faltas no hay quien consiga,
y si Él ama á los niños cuando son buenos,
también cuando son malos Él los castiga.

Por el temor entonces sobrecogido,
sus cabecitas rubias en mí apoyando
estas frases deslizan en mis oídos:

—¿Cómo se hacen los buenos?— ¡Se hacen
[amando!—

.....

Del sol los tibios rayos desaparecen
y las nubes se tiñen de ópalo y grana,
y en el espacio vibran y se estremecen
los pausados sonidos de una campana.

A su madre se acercan mis pequeñuelos
y á su lado fervientes y de rodillas
sus plegarias elevan hasta los cielos
aquellas almas puras, almas sencillas.

Por el bien de los hombres á Dios imploran,
piden que todos amen, que todos crean...
no interrumpáis sus rezos, oidlos, oran
también por nuestra Patria. ¡Benditos sean!





LI
CASILDA

SONETO

Sangre mora circula por sus venas,
tedio le causa el oropel mundano
y dentro del alcázar toledano
reparte bienes y mitiga penas.

Ella alivia piadosa las cadenas
que su padre y señor pone al cristiano,
y en angustioso trance ante el tirano
trueca Dios su limosna en azucenas.

Así en las inocentes criaturas,
alivien, almas grandes, vuestros dones
del hambre y del dolor las ligaduras.

Imitad de la Santa las acciones,
que Dios, en sus seráficas alturas,
convierte la limosna en bendiciones.





LII

¡SIEMPRE CONMIGO!

SONETO

Forje sus armas en la sombra impura
la ambición de los hombres desmedida,
teja la humanidad, nunca rendida,
la danza del dolor y la locura.

Libre en mi hogar del odio y la amargura,
veo yo alegre resbalar mi vida
por carcajadas de ángeles mecida,
y entre soles de paz y de ventura...

No turbéis, pobres hijos, mi sosiego;
siempre conmigo estad, ¡si es lo que ansío,
no voléis, no voléis, ya lo haréis luego!...

Son de mi hogar los ángeles, Dios mío,
haced que no le dejen, yo os lo ruego,
callado, melancólico, vacío...





LIII

A MARÍA INMACULADA

¿Quién como Tú, María, luz de eterno con-
[suelo
que estás sobre el del cielo deslumbrador ti-ú?
Brillante sol que alumbras la noche de la vida,
dulce Madre querida ¿quién, dime, como Tú?

Los astros que en sublime cortejo luminoso
sobre la tierra, ansioso cruzar el hombre ve,
de luz y de oro tienden su leve gasa hermosa,
donde gentil se posa tu soberano pie.

Los céfiros te ofrecen su aliento delicado,
su música el alado pequeño ruiseñor,
la tórtola del valle su misterioso arrullo,
su virginal capullo la perfumada flor.

Humilde eleva el hombre su voz, por Tí ins-
[pirada
en tu mansión sagrada y en su tranquilo hogar,
y alaban tus grandezas su eterna voz uniendo,
la tierra con su estruendo, con su vaivén el mar.

¿Quién como Tú, María? Dulce Señora
[amante,
á quien con fe constante salud y amor pedí;
los niños que en Tí esperan las gracias infinitas,
sus rubias cabecitas levantan hacia Tí.

Tú eres para ellos fuente de paz y de dulzura,
pues llenas de ventura su joven corazón,
y á Tí dirigen todos, que Tú eres su esperanza,
su angélica alabanza, su mística oración.

Enjambre de pequeños rapaces inocentes
que ostentan en sus frentes su hermosa candidez,
que alegres en Tí miran su luminoso Faro,
sin tu bendito amparo ¿qué fuera su niñez?

¡Oh Soberana augusta, que diste al Dios Niño
tesoros de cariño, de celestial amor:
derrama en sus cabezas tus vívidos destellos,
tiende, Madre, sobre ellos, tu manto protector.

Mira que guarda el mundo maléfico y taimado
la sima del pecado, donde es fácil caer;
que tiene el alma angustiada y el corazón antojos,
y la virtud abrojos y flores el placer.

Mira que entre esos niños, ¡oh Madre In-
[maculada!
mi niña idolatrada bendiciéndote está;
encanto de los mundos, excelsa Protectora,
pues ella así te adora, por Dios, protéjala.

Mira que de esa bella plegaria que hoy te
[ofrece,
yo, siempre que anochece, suelo dormirla al son,
y mil veces repite al despertar la aurora
la misma encantadora y angélica oración.

Y un día y otro día, para su bien y gloria,
con ella su memoria de niña regalé;
y ella es tan obediente, que no pasa un momento
sin que con dulce acento repitiéndola esté.

Por eso, si el pecado la cubre con su venda,
si en la fatal contienda sucumbe la infeliz,
perdona sus deslices y su conciencia sana
¡oh augusta Soberana, divina Emperatriz!





LIV

¡DÓNDE ESTÁ!

Se apaga el rayo espléndido
del sol de Palestina
la noche melancólica
temblando se avecina,
del cielo azul y diáfano
la luz borrando va;
y del sombrío Gólgota
cabe la ingrata cumbre,

vertiendo un mar de lágrimas
con honda pesadumbre,
la Virgen de las vírgenes
pensando en su hijo está.



Y en el suplicio insólito
de su dolor delira,
y á la infeliz parécele
que le oye y que le mira,
que de su amor el bálsamo
dulcísimo le dá;
pero ¡ay! que luego súbita
su desventura toca
y en su angustioso vértigo
que más su afán provoca,
con voz doliente y trémula
pregunta:—¿Dónde está?...



Rosa de rubios pétalos,
de embriagador perfume,
que asistes al durísimo
pesar que la consume,
que con dolor recóndito
también sufres quizá;
lirio abatido y lánguido,
castísima viola,
que en su quietud sin límites
la veis llorando sola,

abrid los mustios cálices,
¡decidle dónde está!



Arrulladoras tórtolas,
piadosas golondrinas,
que de Jesús dulcísimo
quitásteis las espinas:
si acaso andáis erráiles
volando aquí y allá,
mirad su rostro pálido,
parad el raudo vuelo,
y en son tierno y melódico
llevadla algún consuelo;
tranquilizad su espíritu,
¡decidla dónde está!



Blandos, sutiles céfiros,
torrentes caudalosos,
arpas mudas y tétricas,
saltarios silenciosos,
pues su Hijo benditísimo
sabéis que ha muerto ya;
vuestro silencio lúgubre
donde su afán se estrella,
ante sus cuitas rómpase,
compadeceos de ella,
y amantes y solícitos
¡decidla dónde está!



Decidla que entre Arcángeles
magnífico se sienta,
que la radiante bóveda
del cielo azul sustenta;
que allí recibe el ósculo
bendito de Jehová;
que entre divinos cánticos
de celestial ventura,
el Mártir de los mártires,
desde su eterna altura,
por este mundo efímero
rogando á Dios está.





LV

FIN TRÁGICO

Esta mañana fué; me parecía
mi huerto en paraíso transformado:
regocijo doquiera y alegría,
el cielo despejado,
radiante el sol, alborozado el día.

Las aves y las flores
que galas son del huerto,
con arpegios y aromas y colores,
daban animación á aquel concierto.

¡Dulce y santa emoción, paz venturosa!
la brisa matinal gozoso aspiro,
tiendo mi vista ansiosa
del cielo azul por la extensión hermosa,
y amo la soledad de mi retiro.

En las floridas ramas de un arbusto
que aromas gratos al sentido ofrece,
sobre el borde de un nido, que de encaje
fabricado parece,
ahueca un pajarillo su plumaje.

Dióle Natura primorosas galas,
hízole en cantos melodiosos rico
y hállase el sol prendado de sus alas,
y yo me hallo prendado de su pico.

De su canto sonoro
multitud de avecillas hay pendientes,
y le cercan, le miman, le hacen coro,
volando en torno suyo complacientes.

Paréceme, cuando de tono muda,
ya se entregue al dolor ó á la templanza,
el triste mensajero de la duda
ó el heraldo gentil de la esperanza.

Pero ¡ay! cuando es su canto más hermoso,
y él, acaso se juzga más seguro,
descendiendo furtivo y presuroso
un pájaro alevoso
de corvo pico y de plumaje obscuro,
lo arrebatada de allí, lo arroja muerto;
yo derramo dos lágrimas piadosas,
y con angustia advierto
el arbusto desierto,
tristes las aves, pálidas las rosas,
huérfano el nido, silencioso el huerto.





LVI

QUEJAS DE UN HUÉRFANO

—Por qué tus cuitas tan triste cantas?
¿Por qué te quejas?
¡huérfano, habla!
¡Ay! que tu llanto pena me causa. —
Tal me pregunta
quien ve mis ansias,
compadecido
de mis palabras,
y yo respondo con voz ahogada:
¡Lloro á mi pobre madre! Madre del alma!



Es que mis ojos á ver no alcanzan
aquella madre
que tanto amaba;
es que no encuentro como en mi infancia,
quien cariñosa
seque mis lágrimas...
Solo en el mundo
¿qué bien me aguarda?
Niños que padre ni madre os faltan
¡ay! dejadme que llore ¡padres del alma!





LVII

A UNA AZUCENA

Flor que abriste tu cáliz y tus hechizos
de la rosada aurora
con los suspiros;
casta azucena,
perdona á tu verdugo, si eres tan buena.
Te ví un día en el huerto, me enamoraste,
y de tu verde tallo
corrí á cortarte
¡suerte maldita!
¡Oh flor! Pronto en mis manos te ví marchita.
Desde entonces, flor bella, del rubio Febo
no bebe los fulgores
tu casto seno;
¡sólo mis ojos
confunden su luz turbia con tus despojos!

Ya no mece la brisa tu tallo esbelto,
ni en tus hojas alegres
deja sus besos;
sólo mi boca
te besa una, mil veces, con ansia loca,
Ya en tu seno no guardas ni altiva ostentas
del plateado rocío
la hermosa perla;
sólo mi llanto
forma en tu mustio cáliz lloroso manto.
Ya del ave canora tierna cantata
no alterará en el campo
tu dulce calma;
sólo mi acento
vagará en torno tuyo como un lamento.
Ya no verás las flores que, alborozadas,
al despuntar la aurora
te saludaban;
sólo yo, rosa,
te saludo con triste voz angustiosa.
Pues tu breve existencia, flor de mi vida,
forma el espejo, en donde
veo la mía,
que caminando
á su fin misterioso vase acercando.
Por eso yo te adoro, flor de mi huerto,
y tus marchitas hojas
guardo en mi seno;
tu fiel amigo,
¡que en él hasta mi muerte tendrás abrigo!





LVIII

TARIFA

Hele allí: de sus miradas
rayos de venganza asoman,
calabozo de blasfemias
es su miserable boca,
y en su cerebro maldito
continuamente se forjan
el puñal de la perfidia
y el dardo de la discordia:
escándalo de otros pueblos
y de la España deshonra,

ni promesas ni castigos
cambiar su condición logran:
que quien favores le presta,
sólo ingratitudes compra.

Y ni su rey le reduce,
ni su hermano le recobra,
ni su patria le detiene,
ni su religión le importa;
que para lograr los fines
y miserias que ambiciona,
su rey, su hermano y su patria
y su religión le estorban.

Y ese engendro del abismo
que así la justicia arrolla,
y así su deber olvida
y así la maldad provoca,
es el infante don Juan
que, con la intención más torva
y la ruindad más infame
y la soberbia más loca,
con la ambición de ceñirse
de su hermano la corona,
vende á Aben-Jacob su patria,
su religión y su honra.

Cinco mil jinetes moros
todo su ejército forman,
que ante los ciclópeos muros
de Tarifa se desbordan;
y no hay dardo que no arrojen,
ni arma de que no dispongan,
ni máquina que no empleen,

ni artificios que no acojan,
ni dádivas que no ofrezcan,
ni energías que no opongán,
de aquellos nobles guerreros
á la resistencia heroica.

Jamás fué de Alonso Pérez
la figura más hermosa,
ni más gentil ni más grande,
ni más arrebatadora.

Sobre el muro de Tarifa
yacen su patria y su honra,
simbolizadas las dos
en la bandera española,
y él, fiel á su rey don Sancho,
la defiende á toda costa;
y ni desvelos omite,
ni sacrificios perdona,
ni intereses, ni familia,
ni tranquilidad le importa.

Tarifa todo su empeño
y todas sus ansias forma,
que en ella están sus temores
y sus esperanzas todas.

Aquella plaza, que un día
con abnegación pasmosa,
él mismo pertrechar quiso
con sus armas y sus tropas,
aquella plaza, baluarte
del cristianismo que evoca
sus luchas, sus infortunios,
sus peligros y sus glorias;

centinela poderoso,
á cuya gigante sombra
el pundonor de la patria
tranquilamente reposa;
aquella plaza bendita
que entre turbantes asoma,
y en cuyos muros sagrados
la Santa Cruz se enarbola,
ostentando con orgullo
cien guerreros por corona,
blanco de las iras ciegas
de las mahometanas hordas,
ni á sus ímpetus se apura,
ni á sus ataques zozobra,
ni se cansa ni se rinde,
ni se humilla ni se agobia.

Y en vano en derredor suyo
los vientos traidores soplan,
que cuanto más menudean
los ataques y maniobras,
cuantos más medios de lucha
el traidor don Juan apronta,
más inútil es su esfuerzo,
más dudosa su victoria,
más valor cobra Guzmán,
más el cerco se prolonga.

A los valientes sitiados
bríos y energías sobran,
mientras que los sitiadores
al desmayo se abandonan.

Y al par que sus hombres cedan

y al par que su gente afloja
y se va haciendo á sus ojos
más segura la derrota;
más al malvado don Juan
ira y despecho trastornan,
y más sus furores crecen
y más su rencor provoca,
y pensamientos más negros
en su cabeza se agolpan.

Cercano está su exterminio,
y está su ruina más próxima,
más el diablo, que le anima
y le protege y le abona,
pone en su camino el crimen,
y tras el crimen, la aurora
que sus triunfos ilumina
y sus ambiciones colma,
pero una aurora sangrienta,
terrible, exterminadora.

Mas él, que pasa por todo,
y todo reparo corta,
en el cieno de su infamia
razón y conciencia ahoga;
y presentando ante el muro
de aquella pequeña Troya
un hijo de Alonso Pérez
que en época no remota
diérale el padre, y con él
su fe y confianza toda:

—¡He aquí tu hijo!, el malvado
gritó á Guzmán con voz ronca.—

¡La plaza ó su vida! escoge,
que es poco el tiempo que sobra.—

¡Oh! qué angustias y pesares,
y furores y zozobras
en la trastornada mente
de aquel padre se amontonan,
y le enloquecen, le abaten,
le desesperan y agobian.

Pero en medio de la lucha
que en su cerebro provocan,
de un lado su amor de padre,
de otro su fe de patriota,
surge la imagen sublime
de su patria triunfadora.

Y con un valor tan grande,
que al mismo traidor asombra,
firme, sobre el ancho muro
de su puñal se despoja,
y arrojándole á las plantas
del vil asesino:—¡Toma,
por si te falta cuchillo
con que consumir tu obra!—
exclama Guzmán el Bueno
con voz, por la rabia sorda.

Y aquel niño candoroso
su cuello inocente dobla,
y entre el furor del verdugo
y entre el pasmo de las tropas,
se hunde en su tierna garganta
del puñal la aguda hoja.

.....

¡Salve, defensor sublime
de tu patria y de tu honra!
Prez de nobles caballeros,
luz y esplendor de la Historia,
asombro de las naciones;
cuando mi patria te nombra,
enmudecen los plebeyos
y los magnates se postran,
y los príncipes se humillan
y se inclinan las coronas.





LIX

COVADONGA

(FRAGMENTO)

.....
Entonces empezó el rudo combate
precioso galardón de nuestra historia
que el pintor reproduce y canta el vate
con notas bellas de entusiasmo y gloria;

á su recuerdo augusto el pecho aún late
y halaga con placer nuestra memoria,
nos llena de energía y de contento,
y lleva á aquella edad el pensamiento.

El español, oculto entre las breñas,
su rudo esfuerzo sin descanso gasta,
y arrojando de lo alto enormes peñas,
al feroz musulmán sañudo aplasta;
ruedan corceles y árabes y enseñas;
nada aplacar á nuestras tropas basta,
que entre ira, entusiasmo y gritos ronc
del árbol lanzan los añosos troncos.

Y del moro los ánimos se agotan
al contemplar, pasmados, la bravura
de aquellos pocos héroes que brotan
del silencioso bosque en la espesura;
las flechas de los árabes rebotan,
y al arrojarlas so la peña dura,
y al rebotar los hieren de rechazo,
y aumentan su pavor y su embarazo.

En tanto el gran Pelayo, á la cabeza
de sus nobles é indómitos guerreros,
háblales con su ejemplo y su entereza;
y al olvido legando los aceros,
ocultos de la gruta en la maleza,
disparan á los árabes, certeros,
lluvias de flechas que do están descenden,
y allí la muerte y el dolor extienden.

Pide á Mahoma el agareno ayuda
y lucha con valor desesperado,
mientras ansioso y sin cesar se escuda

de Cristo con la fe nuestro soldado;
no hay un cristiano que á luchar no acuda,
por la esperanza y por la fe animado,
y crece por instantes la marea
y es más encarnizada la pelea.

¡Animo: un paso más y vence España;
no déis paz á las armas un momento;
no os dejéis humillar por gente extraña;
el mismo Dios, desde su eterno asiento,
durante la pelea os acompaña;
ya en el árabe cunde el desaliento;
ya todo en pro del español se muestra;
¡un paso más y la victoria es nuestra!

Ese bárbaro infiel que en vano invoca
á su falso profeta, ya vencido
cierra cansado la impotente boca
y el arma arroja, á su pesar, rendido;
ya nuestra gente la victoria toca,
ya el bravo Suleimán muerto ha caído,
ya se revuelve el moro en la cañada,
ya emprende vergonzosa retirada.

Del Auseba la falda ganar quiere
y huir del enemigo con premura;
quedar vencido y sin honor prefiere
y llorar su derrota y desventura;
mayor arrojó el español adquiere
viéndole sin salir de su angostura
sumido en el dolor, desesperado
y en el sombrío valle sepultado.

De pronto Dios, mostrando su grandeza,
por completar el triunfo de Pelayo,

del moro ruín sobre la ruín cabeza
severo lanza el fulminante rayo;
el ronco trueno que á rodar empieza,
hunde á los moros en mortal desmayo,
y el miedo y el terror entre ellos cunden
y más cada momento se confunden.

Cada vez con más fuerza el aire zumba,
y el pánico en los árabes aumenta,
y en las montañas sin cesar retumba
el horrible fragor de la tormenta;
truécase el suelo movedizo en tumba
de aquel que huir ó pelear intenta,
y el del bravo español, brazo invencible,
hace en los moros mortandad horrible.

Y de las lluvias el turbión violento,
y del trueno el horrísono estampido,
y el ronco son del fugitivo viento
y la innoble blasfemia del vencido;
del moribundo el fúnebre lamento
llegaban del cristiano hasta el oído,
y más al enemigo perseguía
y mayor mortandad en él hacía.

Y rodaron del monte en la pendiente
ó bajo enormes rocas expiraron,
ó del Deva agitado en la corriente,
su envenenada sangre derramaron;
Allí Alkamah murió, murió su gente
y allí de nuestros héroes animaron
su enérgico valor y su existencia,
la esperanza, la fe, la independencía.

Venció al cabo la Cruz, la niebla densa

con que Mahoma la envolvió; dejando
sumida á España en desventura inmensa,
vase lenta en el cielo disipando;
halló la fe su justa recompensa,
patria por ella el español luchando,
triumfos la Religión, la Historia palma,
luces la idea, regocijo el alma.





LX

HIMNO Á DIOS

Gloria, Señor, que las alturas llenas
con tu fecundo aliento soberano,
tú el furor de los mares encadenas
y el mundo riges con tu augusta mano.

Gloria, Señor, que desde tu alto asiento
escuchas el cantar de los querubes,
y el limpio firmamento

cubres de espesas imponentes nubes.
¿Quién de tu amor y tu poder se olvida?
Del astro rey las trenzas desatando,
nos prestas luz y movimiento y vida;
¡ay, si hasta Ti las alas remontando
pudiera penetrar en el misterio
de tus leyes secretas,
y cruzar las regiones de tu imperio,
y la marcha seguir de los planetas
y ver un sol caduco obscurecerse
la luz perdiendo y el calor despacio,
y otro sol encenderse
con nueva luz en el inmenso espacio!

¡Loca y absurda pretensión! ¿Quién osa
remontar hasta Ti su corto vuelo?
necio mortal, tu límite es la fosa,
inútil es tu anhelo.

Materia vil ¿qué vale tu existencia?
¿qué valen tu poder y tu renombre?
No basta, no, la decantada ciencia
á hacer eterno al hombre.

Ella calma ó aumenta
de nuestra errante vida los pesares;
á su impulso vacila la tormenta
y el hombre surca los revueltos mares;
acorta las distancias, comunica
de una á otra edad la acción y el pensamiento,
el curso de los astros nos explica,
y desafía al viento.

Su nombre ensalza universal concierto;
quimérica ilusión, sombra mentida

¿dónde está su poder, dónde, si al muerto
no devuelve la vida?...

¿Quién sabe, quién penetra, quién concibe
tus designios secretos, Dios bendito?

Nace el mortal para vivir, y vive
para morir después, porque está escrito.
Porque así lo has dispuesto, omnipotente,
y en tanto se suceden y se agitan
las ansias de la gente,
y luchan por vivir eternamente,
y en el mal del no ser se precipitan...

Gloria, Señor, que las alturas llenas
con tu fecundo aliento soberano,
Tú el furor de los mares encadenas
y el mundo riges con tu augusta mano.

Todo lo hiciste Tú, todo lo guías
con tu inmenso poder y tu grandeza;
Tú creaste las dulces armonías
de la naturaleza;
diste su aliento á céfiro suave,
convirtiéndole en arpa cadenciosa
ó en ruda trompa misteriosa y grave,
y al despuntar el alba, por Ti el ave
entona sus endechas amorosa.

El bien del Universo en Ti se encierra;
Tú ceñistes al sol de resplandores
y has hecho que la tierra
pródiga brote perfumadas flores.
Tú al Africa has dotado
de su ardoroso cielo;
Tú eres el que ha sembrado

los fríos polos de perpetuo hielo.

Por Ti la mar existe
y levantan sus cumbres las montañas
y el volcán encendiste
y vomitaron fuego sus entrañas.

Tú la cárdena luz amarillenta
del relámpago enciendes, y sereno,
cabalgando en la horrisona tormenta
haces rodar bajo tus pies el trueno.

La voz despiertas de huracán bravío,
y el rayo fulminante,
lanzas en el vacío,
y tras la tempestad, siempre, Dios mío,
la bienhechora paz tiendes triunfante.

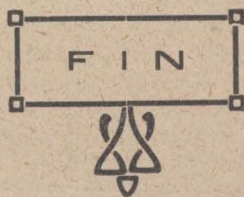
El suspiro del triste, la plegaria
que errante criatura
eleva solitaria
de tu dosel hasta la eterna altura;
todo llega hasta Ti, todo, Dios santo,
y al que consuelo pide, le consuelas;
del pobre enjugas el copioso llanto,
y por el bien del inocente velas.

Tú con amor universal y eterno
de la humilde flor cuidas,
y solícito siempre y siempre tierno,
hasta del ruín insecto no te olvidas.

En su undoso palacio
por Ti los peces moran,
las aves cruzan el tendido espacio,
y su miel las abejas elaboran;
y el mar inmenso en su prisión se mueve,

y se cubren los campos de verdura
y los montes de nieve;
Tú dividiste ¡oh Dios! desde tu altura
el claro día de la noche oscura.

Gloria, Señor, que las alturas llenas
con tu potente aliento soberano:
Tú el furor de los mares encadenas
y el mundo riges con tu augusta mano.





I N D I C E

	Páginas
Dedicatoria.....	5
En la cumbre.....	7
Contra avaricia, largueza.....	10
Por el árbol.....	14
Burlas costosas.....	17
Fuentes de saber.....	20
Soberbia y humildad.....	23
Por los pájaros.....	26
Desenlace previsto.....	29
Los dos hermanos.....	32
El caserón y la casa.....	35
Sueño feliz.....	38
Por mal camino.....	42
«Colilla».....	45
En el hogar.....	47
Cuento de Carnaval.....	50
La oración de un niño.....	53
La edad.....	56
Oración.....	57
Inocencia.....	59
Mi libro.....	62
Máxima.....	63
Villancicos.....	64
Adoración de los Magos.....	68
Sollozos.....	71
El jilguero y la red.....	74
Las dos monas.....	76
La oposición del cangrejo.....	78
El árbol y el leñador.....	81
La virtud del alacrán.....	84

	Páginas
El sastre y el zapatero.....	87
La cigüeña y los reptiles.....	90
El gusano de seda y el cerdo.....	93
La tierra y la luna.....	96
La procelaria y el huracán.....	99
Rosales.....	102
Noche apacible.....	103
A un niño.....	106
A Jesús	108
Patriótica	110
Muerto	113
La garza.....	115
A mi madre.....	118
Camelias y violetas.....	122
Ciento por uno.....	126
Caridad.....	127
Dos labriegos.....	131
Del anónimo.....	133
La oración del huerto.....	136
¡Pobre hijo mío!.....	139
Horas felices.....	140
Casilda.....	145
¡Siempre conmigo!.....	146
A María Inmaculada.....	148
¡Dónde está!.....	151
Fin trágico.....	155
Quejas de un huérfano.....	157
A una azucena.....	159
Tarifa	161
Covadonga	168
Himno á Dios	173



*¿Qué lee...
con tanto
interés?*



**BIBLIOTECAS
RODRIGUEZ**

BIBLIOTECA RODRÍGUEZ

Tomos publicados:

1. **Los Aventureros**, por M. LINARES RIVAS, de la Real Academia Española. Ilustraciones de ANTEQUERA AZPIRI.
2. **Viajes y Aventuras de una Muñeca española en Rusia**, por SOFÍA CASANOVA. Ilustraciones de GUTIÉRREZ LARRAYA.
3. **Los Tres Sorianitos**. Aventuras de niños y de héroes, por J. ORTEGA MUNILLA, de la Real Academia Española. Ilustraciones de ANTEQUERA AZPIRI.
4. **El Pájaro en la nieve y otros cuentos**, por A. PALACIO VALDÉS, de la Real Academia Española. Ilustraciones de ECHEA.
5. **Cuentos de Pototo**, por E. RAMÍREZ ÁNGEL. Ilustraciones de F. LÓPEZ RUBIO.

BIBLIOTECA PAZ

Tomos publicados:

1. **Mi Libro de Navidad.**
2. **Mi Libro de Año Nuevo.**
3. **Mi Libro de Reyes.**
4. **Mi Libro de Vacaciones.**
5. **Mi Libro de Estampas y Cuentos.**
6. **Mi Libro de Recreo.**
7. **Mi Libro Bazar.**

BIBLIOTECA MUNDIAL

Tomos publicados:

1. **Historias del Quijote**, por MARTÍN D. BERRUETA.
2. **Pompas de jabón**, por M. R. BLANCO BELMONTE.
3. **Historias de Zorrilla**, por MARCIANO ZURITA.
4. **La Hija del Usurero**, por E. MAESTRE.
5. **Historias de Gil Blas**, por A. MENOYO PORTALÉS.
6. **Historias de la Historia**, por MARTÍN D. BERRUETA.
7. **Tradiciones y leyendas de Toledo**, por M. DE MAYO.

BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA
HISPANO - AMERICANA

Tomos publicados:

Los Grandes Inventos, por M. RODRÍGUEZ.

Leyendas y Tradiciones, por A. BUENO.

Ciencias físicas y naturales, por JUAN BE-
NEJAM.

Cuentos Escogidos, por varios autores.

Aventuras de Telémaco, por FENELÓN.

Alma y Corazón, por M. RODRÍGUEZ MIGUEL.

La Novela de la Infancia, por M. SANTIAGO-
FUENTES.

Rafael. (Cuentos), por A. BUENO.

Vida y aventuras de Robinsón Crusoe, por DA-
NIEL FOE.

Cuentos Mexicanos, por A. BUENO.

Quo Vadis...? Adaptación por M. DE MAYO.



¡Interesantes!

¡Amenas!

¡Recreativas!

¡Artísticas!

¡Ideales!

El entusiasmo de los niños por las

Bibliotecas

Rodriguez

aumenta continuamente

